

Liturgia Eucarística Domingal



14 del tiempo ordinario

4 de julio 2010

Color litúrgico: verde



Evangelio según San Lucas 10,1-12.17-20.



Después de esto, el Señor designó a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos para que lo precedieran en todas las ciudades y sitios adonde él debía ir. Y les dijo: "La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para la cosecha. ¡Vayan! Yo los envío como a ovejas en medio de lobos. No lleven dinero, ni alforja, ni calzado, y no se detengan a saludar a nadie por el camino. Al entrar en una casa, digan primero: '¡Que descienda la paz sobre esta casa!'. Y si hay allí alguien digno de recibirla, esa paz reposará sobre él; de lo contrario, volverá a ustedes. Permanezcan en esa misma casa, comiendo y bebiendo de lo que haya, porque el que trabaja merece su salario. No vayan de casa en casa. En las ciudades donde entren y sean recibidos, coman lo que les sirvan; curen a sus enfermos y digan a la gente: 'El Reino de Dios está cerca de ustedes'.



Pero en todas las ciudades donde entren y no los reciban, salgan a las plazas y digan: '¡Hasta el polvo de esta ciudad que se ha adherido a nuestros pies, lo sacudimos sobre ustedes! Sepan, sin embargo, que el Reino de Dios está cerca'.

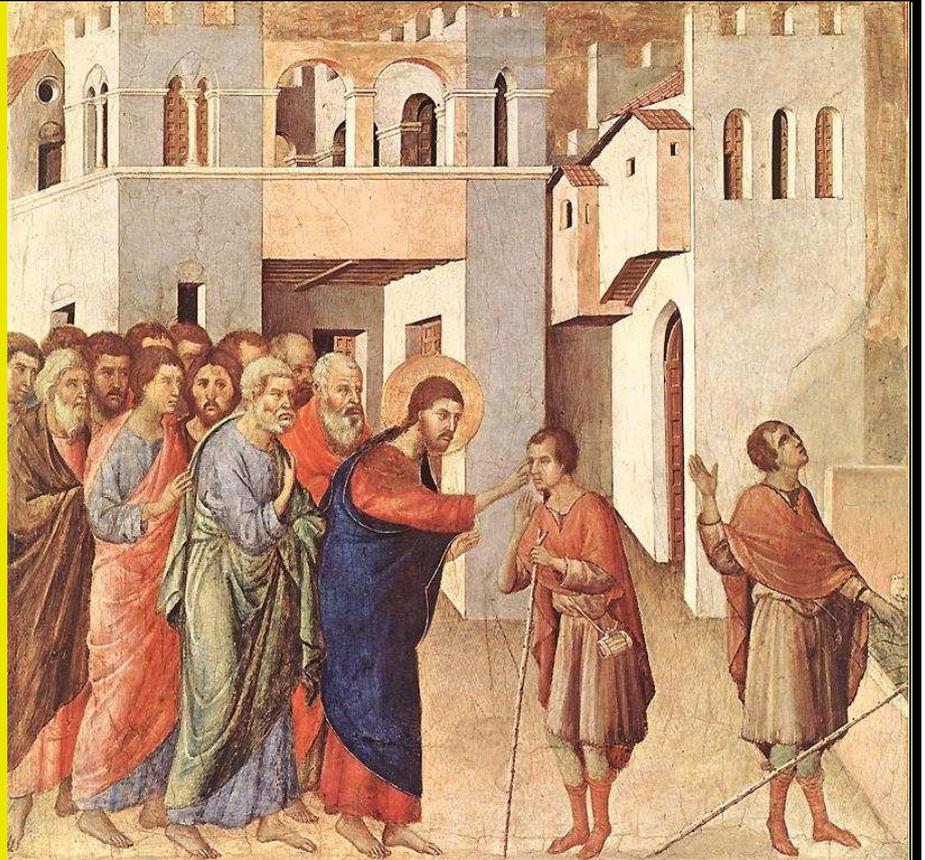
Les aseguro que en aquel día, Sodoma será tratada menos rigurosamente que esa ciudad.

Los setenta y dos volvieron y le dijeron llenos de gozo: "Señor, hasta los demonios se nos someten en tu Nombre".

El les dijo: "Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo.

Les he dado poder para caminar sobre serpientes y escorpiones y para vencer todas las fuerzas del enemigo; y nada podrá dañarlos.

No se alegren, sin embargo, de que los espíritus se les sometan; alégrese más bien de que sus nombres estén escritos en el cielo".



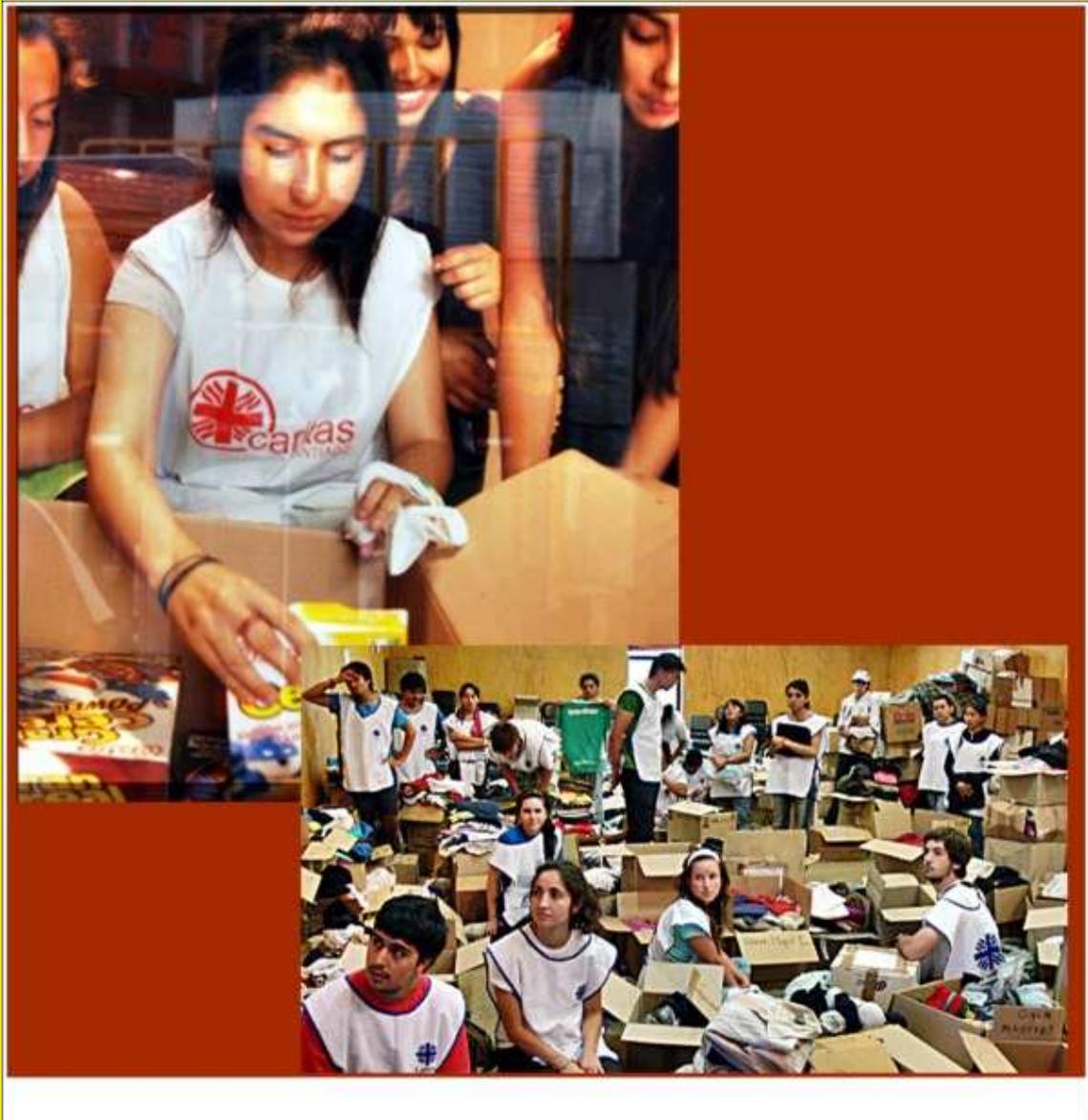


Comentario

Cardenal Joseph Ratzinger [Papa Benedicto XVI]

Mensaje para la jornada mundial de la misiones 2006

La caridad, alma de la misión



La misión, si no es fruto de la caridad, si no brota de un profundo acto de amor divino, corre el riesgo de reducirse a una simple actividad filantrópica y social. El amor que Dios tiene por cada persona constituye, en efecto, el corazón de la experiencia y del anuncio del Evangelio, y todos los que lo acogen se convierten, a su vez, en unos testigos. El amor de Dios que da vida al mundo



es el amor que nos ha sido dado en Jesús, Palabra de salvación, icono perfecto de la misericordia del Padre celestial.

El mensaje salvífico podría muy bien resumirse con las palabras del evangelista Juan: «En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene: en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él» (1Jn 4,9). Jesús lo confió el mandamiento de difundir el anuncio de este amor, a sus apóstoles después de su resurrección, y los apóstoles, transformados interiormente el día de Pentecostés por el poder del Espíritu Santo, comenzaron a dar testimonio del Señor muerto y resucitado. Después la Iglesia ha seguido esta misma misión, que constituye, para todos los creyentes, un compromiso permanente al que no se puede renunciar.



Fuente: <http://www.evangeliodeldia.org/main.php?language=SP&module=commentary&localdate=20100704>



Benedicto XVI: Dios, “Persona viva y cercana que nos ama y pide ser amada”



Hoy durante el rezo del Ángelus

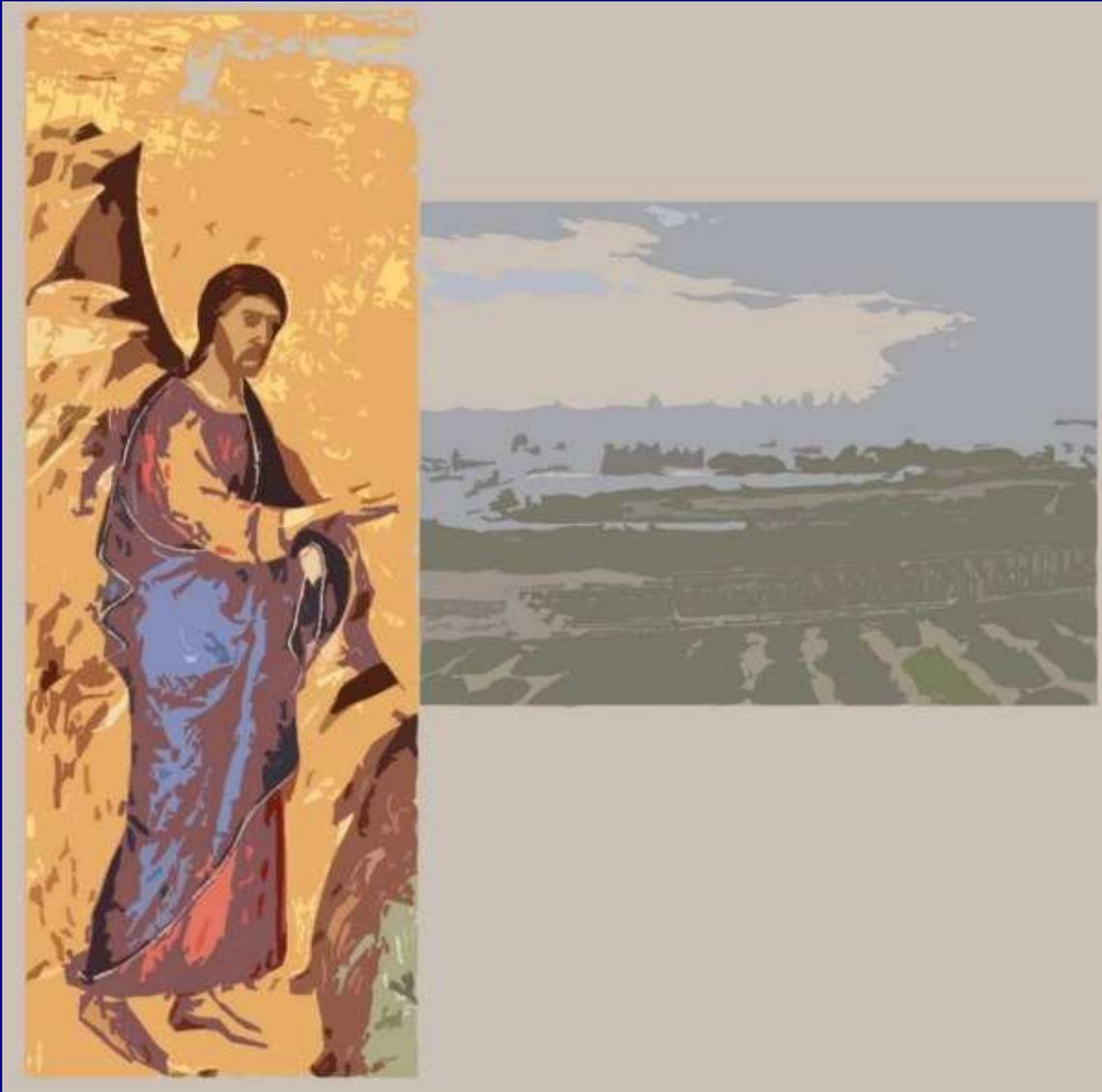
CIUDAD DEL VATICANO, domingo 27 de junio de 2010 (ZENIT.org).- Ofrecemos a continuación la intervención de Benedicto XVI hoy, durante el rezo del Ángelus desde la ventana de su estudio del Palacio Apostólico vaticano con miles de peregrinos reunidos en la Plaza de San Pedro.

¡Queridos hermanos y hermanas!

Las lecturas bíblicas de la santa Misa de este domingo me dan la oportunidad de retomar el tema de la llamada de Cristo y de sus exigencias, tema al que me referí también hace una semana, con motivo de las Ordenaciones de los nuevos presbíteros de la Diócesis de Roma. En efecto, quien tiene la suerte de conocer un joven o una chica que deja su familia de origen, los estudios o el trabajo para consagrarse a Dios, sabe bien de lo que se trata, porque tiene delante un ejemplo vivo de



respuesta radical a la vocación divina. Ésta es una de las experiencias más bellas que se hacen en la Iglesia: ver, tocar con la mano la acción del Señor en la vida de las personas; experimentar que Dios no es una entidad abstracta, sino una Realidad tan grande y fuerte como para llenar de una manera superabundante el corazón del hombre, una Persona viva y cercana, que nos ama y pide ser amada.



El evangelista Lucas nos presenta a Jesús que, mientras camina por el camino, directo a Jerusalén, se encuentra con algunos hombres, probablemente jóvenes, que prometen seguirlo donde quiera que vaya. Con ellos Él se muestra muy exigente, advirtiéndoles que “el Hijo del hombre -es decir Él, el Mesías- no tiene donde reclinar su cabeza”, es decir que no tiene una casa propia estable, y que quien escoge trabajar



Sagrado Corazón renovamos con los sacerdotes del mundo entero nuestro compromiso de santificación. Hoy querría invitar a todos a contemplar el misterio del Corazón divino-humano del Señor Jesús, para sacar agua de la fuente misma del Amor de Dios. Quien fija su mirada en ese Corazón atravesado y siempre abierto por amor a nosotros, siente la verdad de esta invocación: "Sé tú, Señor, mi único bien" (Salmo resp.), y está listo para dejarlo todo por seguir al Señor. Oh María, que has correspondido sin reservas a la divina llamada, ruega por nosotros!

V. Ángelus Dómini nuntiávit Mariæ.
R. Et concépit de Spíritu Sancto.
Ave María.

V. Ecce ancilla Dómini.
R. Fiat mihi secúndum verbum tuum.
Ave María.

V. Et Verbum caro factum est.
R. Et habitávit in nobis.
Ave María.

V. Ora pro nobis, sancta Dei Génitrix.
R. Ut digni efficiámur promissionibus Christi.

Orémus:

Grátiam tuam, quaésumus, Dómine, méntibus nostris infúnde: ut qui, Ángelo nuntiánte, Christi Fílii tui Incarnatiónem cognóvimus, per Passiónem ejus et Crucem ad resurrectiÓnis glóriam perducámur. Per eúndem Christum Dóminum nostrum.

R. Amen.



[Tras rezar el Ángelus, el Papa dirigió un saludo a los peregrinos en varios idiomas. En italiano dijo:]

Esta mañana, en el Líbano, ha sido proclamado Beato Estéphan Nehmé, en el siglo Joseph, religioso de la Orden Libanesa Maronita, que vivió en el Líbano entre finales del siglo XIX y la primera mitad del XX. Me alegro de corazón con los hermanos y las hermanas libanesas y les confío con gran afecto a la protección del nuevo Beato.

En este domingo que precede a la solemnidad de los Santos Pedro y Pablo, se celebra en Italia y en otros Países la Jornada de la Caridad del Papa. Expreso mi viva gratitud a quienes, con la oración y las ofrendas, apoyan la acción apostólica y caritativa del Sucesor de Pedro a favor de la Iglesia universal y de tantos hermanos cercanos y lejanos.



ANGELUS Domini Santuario Cenáculo De Bellavista



V. El Ángel del Señor anunció a María.
R. Y concibió por obra del Espíritu Santo.
Dios te salve, María... Santa María...

V. He aquí la esclava del Señor.
R. Hágase en mí según tu palabra.
Dios te salve, María... Santa María...

V. Y el Verbo se hizo carne.
R. Y habitó entre nosotros.
Dios te salve, María... Santa María...

V. Ruega por nosotros, santa Madre de Dios.
R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de Cristo.

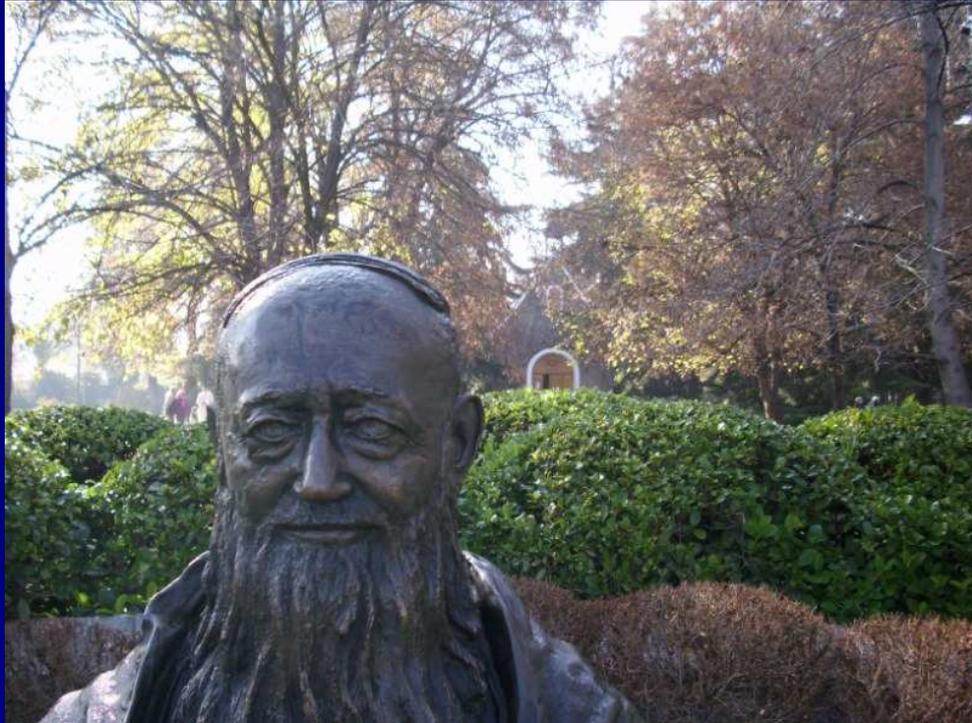
Oremos:

Derrama, Señor, tu gracia sobre nosotros, que, por el anuncio del Ángel, hemos conocido la encarnación de tu Hijo, para que lleguemos, por su pasión y su cruz, a la gloria de la resurrección. Por Jesucristo, nuestro Señor.

R. Amén.









Eucaristía y María Santísima



Fuente: Catholic.net

Autor: Grace Reyes

Eucaristía y María Santísima

El padre capuchino llamado Miguel de Cosenza, en el Siglo XVII, llamó a María con el título “Nuestra Señora del Santísimo Sacramento”. Y dos siglos más tarde, San Julián Eymard, fundador de los Sacramentinos y apóstol de la eucaristía y de María, dejaba a sus hijos el título y la devoción a Nuestra Señora del Santísimo Sacramento.

¿Qué relación hay, pues, entre eucaristía y María Santísima? ¿Podemos en justicia llamar a María “Nuestra Señora del Santísimo Sacramento”?



María fue el primer Sagrario en el que Cristo puso su morada, recibiendo de su madre la primera adoración como Hijo de Dios que asume la naturaleza humana para redimir al hombre. Imaginémos cómo trató a Jesús en su seno, qué diálogos de amor con ese Dios al que alimentaba y al mismo tiempo del que Ella misma se alimentaba día y noche. Imaginémos la delicadeza para con ese Hijo, cuando iba y venía, trabajaba o cocinaba, o iba a la fuente. Pondría su mano sobre el vientre y sentiría moverse a ese hijo suyo que era también, y sobre todo, Hijo de Dios.



María durante esos nueve meses fue viviendo las virtudes teologales.

Vivía la fe. Creía profundamente que ese Hijo que crecía en sus entrañas era Dios Encarnado. Y ella le dio ese trozo de carne y su latido humano. Vivía la esperanza; esa esperanza en el Mesías prometido ya estaba por cumplirse y Ella era la portadora de esa esperanza hecha ya realidad. Vivía el amor; un amor hecho entrega a su Hijo. María entregaba su cuerpo a su Hijo y derramaba e infundía su sangre a su Hijo. Si no hay sangre derramada, el amor es incompleto. Sólo con sangre y sacrificio el amor se autentifica, se aquilata.

Cristo en la eucaristía es su Cuerpo que se entrega y es su Sangre que se derrama para alimento y salvación de todos los hombres. Pero, ¿quién dio a Jesús ese cuerpo humano y esa sangre humana? ¡María!



Por tanto, el mismo cuerpo que recibimos en la Comunión es la misma carne que le dio María para que Jesús se encarnara y se hiciese hombre. Gustemos, valoremos, disfrutemos en la Comunión no sólo el Cuerpo de Cristo sino ese cuerpo que María le dio. Por tanto, tiene todo el encanto, el sabor, la pureza del cuerpo de María. Pero bajo las apariencias del pan y vino. ¡Es la fe, nuestra fe, que ve más allá de ese pan!

María llevó toda su vida una vida eucaristizada, es decir, vivía en continua acción de gracias a Dios por haber sido elegida para ser la Madre de Dios, vivía intercediendo por nosotros, los hijos de Eva, que vivíamos en el exilio, esperando la venida del Mesías y la liberación verdadera. Y como dijo el papa en su encíclica sobre la eucaristía, María es mujer eucaristizada porque vivió la actitudes de toda eucaristía: es mujer de fe, es mujer sacrificada y su presencia reconforta. ¿No es la eucaristía misterio de fe, sacrificio y presencia?

Vivía en continuo sufrimiento, Getsemaní y Calvario. También Ella, como Jesús, fue triturada, como el grano de trigo y como la uva pisoteada, de donde brotará ese pan que se hará Cuerpo de Jesús que nos alimentará y ese mosto que será bebida de salvación.

La eucaristía que vivía María era misteriosa, espiritual, pero real. Su vida fue marcada por la entrega a su Hijo y a los hombres.

¿Por qué en algunos de las apariciones, María pide la comunión? Porque eucaristía y María están estrechamente unidas.



Por lo tanto, Cristo en la eucaristía es sacrificio, alimento, presencia, y María en la eucaristía experimenta:

El sacrificio de su Hijo una vez más, pues cada misa es vivir el Calvario, y María estuvo al pie del Calvario.

En la eucaristía María nos vuelve a dar a su Hijo para alimentarnos.

En la eucaristía, junto al Corazón de su Hijo, palpita el corazón de la Madre. Por tanto en cada misa experimentamos la presencia de Cristo y de María.

No es ciertamente la presencia de María en la eucaristía una presencia como la de Cristo, real, sustancial. Es más bien una presencia espiritual que sentimos en el alma. Es María quien nos ofrece el Cuerpo de su Hijo, pues en cada misa nace, muere y resucita su Hijo por la salvación de los hombres y la glorificación de su Padre.

**CARTA ENCÍCLICA ECCLESIA DE EUCHARISTIA****CAPÍTULO VI****Papa Jun Pablo II****EN LA ESCUELA DE MARÍA,
MUJER « EUCARÍSTICA »**

María puede guiarnos hacia este Santísimo Sacramento porque tiene una relación profunda con él. María es mujer « eucarística » con toda su vida. La Iglesia, tomando a María como modelo, ha de imitarla también en su relación con este santísimo Misterio.

Vivir en la Eucaristía el memorial de la muerte de Cristo implica también recibir continuamente este don. Significa tomar con nosotros –a ejemplo de Juan– a quien una vez nos fue entregada como Madre. Significa asumir, al mismo tiempo, el compromiso de conformarnos a Cristo, aprendiendo de su Madre y dejándonos acompañar por ella. María está presente con la Iglesia, y como Madre de la Iglesia, en todas nuestras celebraciones eucarísticas. Así como Iglesia y Eucaristía son un binomio inseparable, lo mismo se puede decir del binomio María y Eucaristía.



Maria. apostol de la gloria de Jesús

San Pedro Julian Eymard

En el cenáculo, Maria se entregaba toda entera a la gloria eucarística de Jesús. Sabía muy bien que era el deseo del Padre que la Eucaristía fuera conocida, amada y servida de todos, que el corazón de Jesús sentía necesidad de comunicar a los hombres todos sus dones de gracia y de gloria.

Los hombres se hicieron hijos suyos en el calvario y ella los amaba con extrañas de madre, queriendo el bien de ellos tanto como el suyo propio. Por eso ardía en deseo de dar a conocer a Jesús en el Santísimo Sacramento, de abrazar los corazones en su amor, de ver a todos atados y encadenados a su amable servicio,



de forma para Él una guardia eucarística, una corte de fieles y abnegados adoradores.

Para lograr esta gracia, María cumplía una misión permanente de oración y de penitencia a los pies de la adorable Eucaristía, en la cual trataba de la salvación del mundo rescatado por la sangre divina.



Pero el oficio de que más gustaba su alma era orar continuamente para que produjese mucho fruto las predicaciones y trabajos de los apóstoles y demás miembros del sacerdocio de Jesucristo. Por eso no hay que extrañarse al ver que los primeros obreros evangélicos convertían tan fácilmente a



reinos enteros, pues allí estaba Maria al pie del trono de misericordia suplicando por ello la bondad del Salvador. Predicaba con su oración y con su oración convertía almas.



Fuente:Obras Eucarística San Pedro Julian Eymard

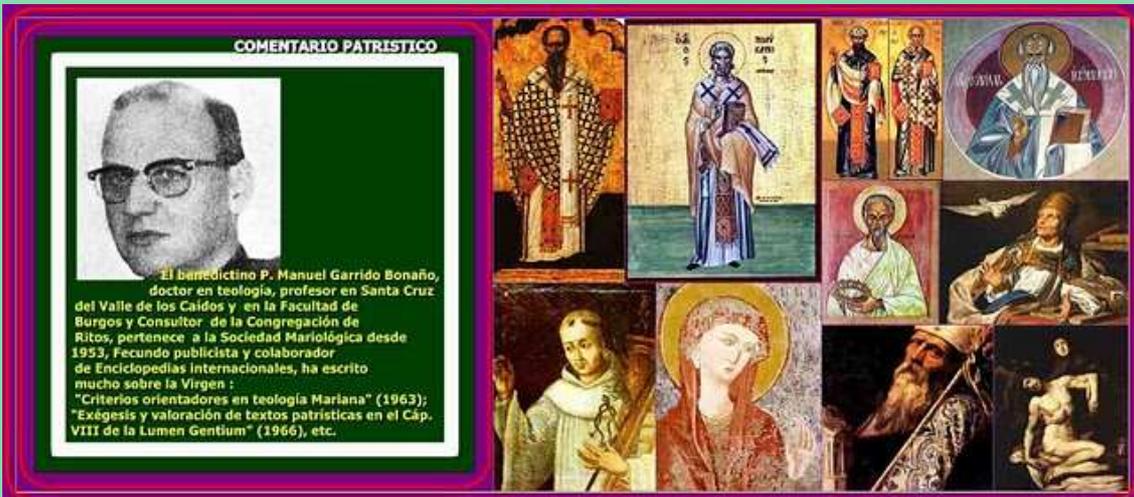


**Recordaremos, Señor, los dones
de tu amor en medio de tu templo.
Que todos los hombres de la tierra te
conozcan y alaben,
porque es infinita tu justicia.**

ANTÍFONA DE ENTRADA (Sal 47, 10-11)



14ª Semana COMENTARIO PATRÍSTICO



COMENTARIO PATRÍSTICO



El benedictino P. Manuel Garrido Bonaño, doctor en teología, profesor en Santa Cruz del Valle de los Caídos y en la Facultad de Burgos y Consultor de la Congregación de Ritos, pertenece a la Sociedad Mariológica desde 1953, Fecundo publicista y colaborador de Enciclopedias Internacionales, ha escrito mucho sobre la Virgen : "Criterios orientadores en teología Mariana" (1963); "Exégesis y valoración de textos patristicos en el Cáp. VIII de la Lumen Gentium" (1966), etc.

Domingo

Entrada: «Oh Dios, meditamos tu misericordia en medio de tu templo» (Sal 47,10-11).

Colecta (del Misal anterior, antes del Gregoriano, y ahora retocada con textos del Gelasiano): «¡Oh Dios!, que por medio de la humillación de tu Hijo levantaste a la humanidad caída, concede a tus fieles la verdadera alegría, para que, libres de la esclavitud del pecado, alcancen también la felicidad eterna».

Ofrendas (del Misal anterior, antes del Gregoriano, retocada ahora con textos del Gelasiano): «La oblación que te ofrecemos, Señor, nos purifique, y cada día nos haga participar con mayor plenitud de la vida del reino glorioso».

Comunión. Es comprensible que la Iglesia ante estos dones del Señor cante alborozada: «Gustad y ved qué bueno es el Señor, dichoso el que se acoge a Él» (Sal 33,9); o bien: «Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados y yo os aliviaré, dice el Señor» (Mt 11,28).

Postcomunión (del Misal anterior, antes del Gregoriano, retocada con textos del Gelasiano): «Alimentados, Señor, con un sacramento tan admirable, concédenos sus frutos de salvación y haz que perseveremos siempre cantando tu alabanza».



CICLO C

Los profetas vaticinaron como signo de los tiempos mesiánicos la alegría del espíritu. Esto aparece en la primera lectura, tomada de Isaías. En el Evangelio los 72 discípulos vienen alegres después de la misión que les confió Cristo entre los samaritanos. Pero a esa alegría no se llega sino a través de la cruz, como nos lo dice San Pablo en la segunda lectura.

A la luz del Evangelio es difícil pensar que tenga vida auténticamente cristiana quien, aun siendo fiel a sus deberes religiosos y morales, nunca se ha tomado en serio su vocación y su responsabilidad en el apostolado, con la palabra, con el propio comportamiento y con la oración.

–Isaías 66,10-14: Yo haré derivar hacia ella como un río la paz. Frente a la religiosidad cerrada y racial del «Israel de la carne», Dios anunció ya en los oráculos mesiánicos la universalidad salvífica de la Nueva Jerusalén, esto es, la Iglesia, y el gozo y la alegría de los que la aman y evangelizan.

El Dios del creyente es el Dios de la paz, como aparece en muchos pasajes del Antiguo Testamento y del Nuevo. Sus intervenciones entre los hombres son siempre portadoras de la paz. Con ese término se quiere resumir la situación del pleno bienestar en todos los órdenes de la vida humana desde lo más elemental para su propia subsistencia hasta los dones más preciados del orden sobrenatural: la justicia, el gozo, la alegría, el consuelo, el perdón, la misericordia y la gloria futura. San Beda dice:

«La verdadera y única paz de las almas en este mundo consiste en estar llenos del amor de Dios y animados de la esperanza del cielo, hasta el punto de considerar poca cosa los éxitos o reveses de este mundo... Se equivoca quien se figura que podrá encontrar la paz en el disfrute de los bienes de este mundo y en las riquezas. Las frecuentes turbaciones de aquí abajo y el fin de este mundo deberían convencer a este hombre de que ha construido sobre arena los fundamentos de la paz»
(Homilía 12, Vigilia de Pentecostés).



También San Cirilo de Alejandría dice:

«Se promete la paz a todos los que se consagran a la edificación del templo de la Iglesia, ya sea que su trabajo consiste en el oficio de catequistas y pregoneros de los sagrados misterios, ya sea que se entreguen a la santificación de sus propias almas, para que resulten piedras vivas y espirituales de todo el edificio»



(*Comentario al profeta Ageo*).

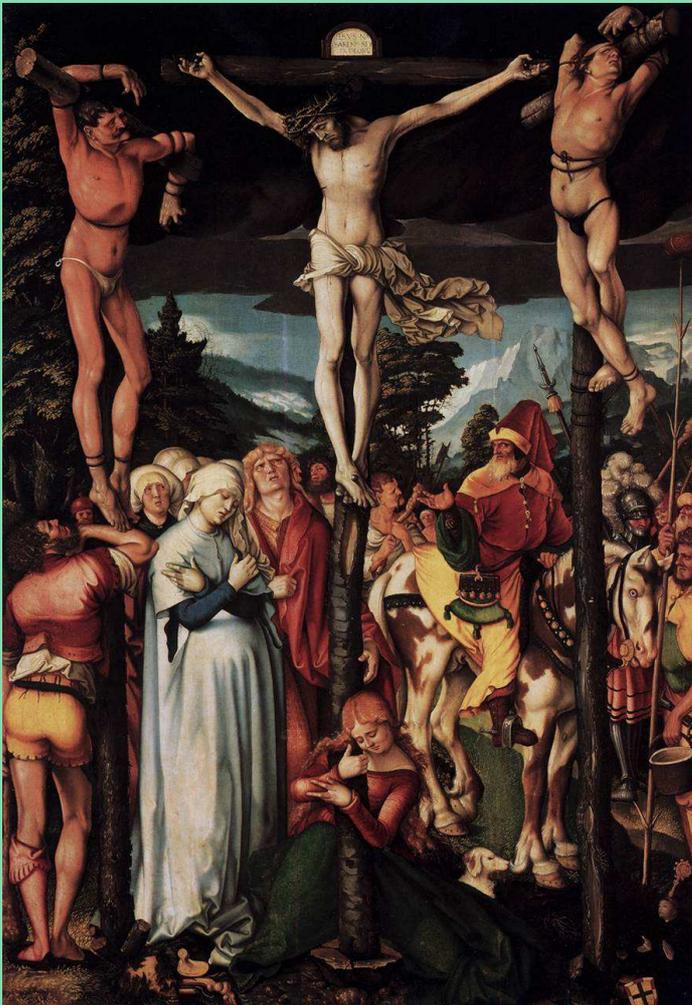
–Con el *Salmo 65* proclamamos: «aclamad al Señor, tierra entera». La Iglesia canta jubilosa al ver cumplidas en ella las promesas del Antiguo Testamento. Son muchas las actuaciones del Señor en su Iglesia durante veinte siglos de cristianismo. Así ha considerado este Salmo la tradición patristica: «Tocad en honor de su nombre, cantad himnos a u gloria; decid a Dios; ¡Qué temibles son tus obras! Que se postre ante Ti la tierra entera, que toquen en tu honor, que toquen para tu nombre. Venid a ver las obras de Dios, sus temibles proezas en favor de los hombres... Alegrémonos con Dios, que con su poder gobierna eternamente. Fieles de Dios, venid a escuchar, os contaré lo que ha hecho conmigo. Bendito sea Dios que no rechazó mi súplica; ni me retiró su favor».

–*Gálatas 6,14-18*: *Llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús*. La actuación del Apóstol ha sido valiente y en todo similar a la de Cristo, por eso se considera como un crucificado para el mundo y de modo especial para



los judíos. De este modo se libra de las realidades mundanas, que tienen ante Dios un valor muy relativo. Sobre el valor de la cruz, comenta San Juan Crisóstomo:

«La realidad de la cruz parece algo vergonzoso, pero sólo en el mundo y entre los incrédulos, ya que en el cielo y entre los creyentes es una gloria y una gloria grandísima. Ser pobre, en efecto, parece algo vergonzoso, mas para nosotros es un motivo de gloria; ser despreciado es para muchos algo que provoca risa, nosotros, en cambio, nos gloriamos de ello. Para nosotros, efectivamente, la cruz es motivo de gloria...



«¿Qué es la gloria de la cruz? Que Cristo tomó para mí la forma de siervo y cuanto sufrió lo sufrió por mí, un esclavo, un enemigo, un ingrato, y así fue su amor, hasta el punto de entregarse por mí. ¿Podría existir algo semejante? Si los siervos se sienten orgullosos porque sus amos, que tienen su misma naturaleza, los alaban, ¿cómo no hemos de gloriarnos cuando el Señor, el verdadero Dios, no se

avergüenza de la cruz por amor nuestro?... Llevo en mi cuerpo las señales de Jesucristo. No dijo “tengo”, sino “llevo”, como el que se enorgullece por los trofeos o las insignias reales, aunque



éstas, de nuevo, parezcan un motivo de deshonor. Sin embargo, él se enorgullece de sus heridas y como los soldados condecorados, él se regocija en llevarlas» (Comentario a la Carta a los Gálatas 4).

–Lucas 10,1-12.17-20: *Vuestra paz descansará sobre ellos.* El camino de Jesús hacia los hombres pasa por los hombres. No son los cristianos meta del mundo; ellos son los preparadores del camino, los que ponen, sin imponer, ante los hombres, la Buena Nueva. San Ireneo explica esta mediación de la Iglesia en la transmisión del Evangelio:

«La única fe verdadera y vivificante es la que la Iglesia distribuye a sus hijos, habiéndola recibido de los apóstoles. Porque, en efecto, el Señor de todas las cosas confió a sus apóstoles el Evangelio, y por ellos llegamos nosotros al conocimiento de la verdad, esto es, de la doctrina del Hijo de Dios. A ellos dijo el Señor: “el que a vosotros oye a Mí me oye”... (Lc 10,16). No hemos llegado al conocimiento de la economía de nuestra salvación si no es por aquellos por medio de los cuales nos ha sido transmitido el Evangelio. Ellos entonces lo predicaron, y luego, por voluntad de Dios, nos lo entregaron en las Escrituras, para que fueran columna y fundamento de nuestra fe (1Tim 3,15)» (Contra las herejías 3,1,1-2).

Y San Agustín insiste:

«Nadie es docto si a la razón contradice; nadie es cristiano si rechaza las Escrituras; nadie es amigo de la paz, si lucha contra la Iglesia» (Tratado sobre la Santísima Trinidad 4,6,10).



HIMNO

Cristo, el Señor,
como la primavera,
como una nueva
aurora,
resucitó.

Cristo, nuestra
Pascua,
es nuestro rescate,
nuestra salvación.

Es grano en la tierra,
muerto y florecido,
tierno pan de amor.

Se rompió el
sepulcro,
se movió la roca,
y el fruto brotó.

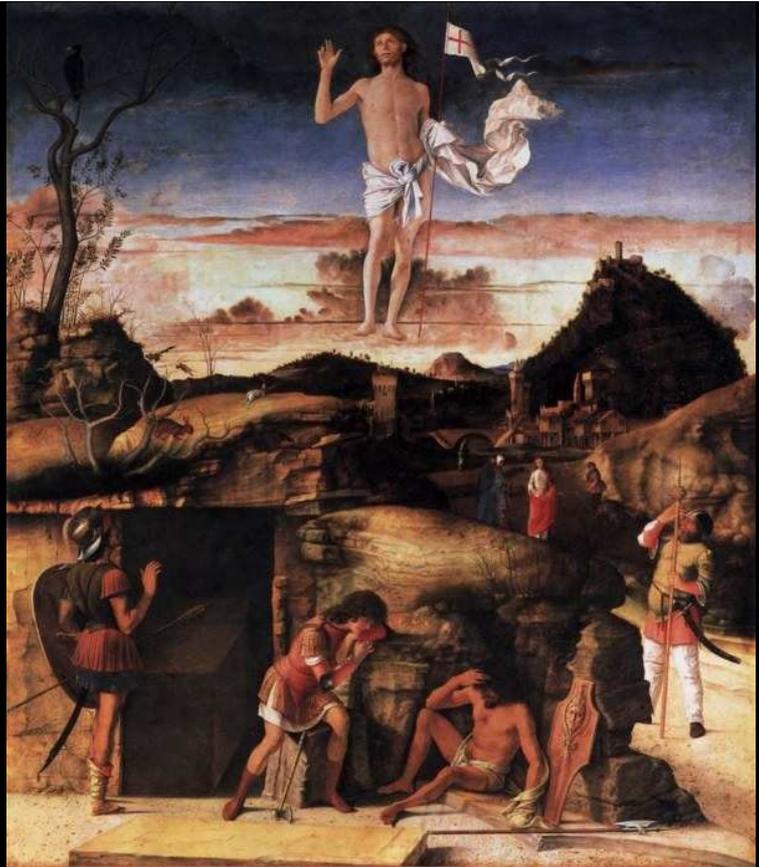
Dueño de la muerte,
en el árbol grita
su resurrección.

Humilde en la tierra,
Señor de los cielos,
su cielo nos dio.

Ábranse de gozo
las puertas del Hombre,
que al hombre salvó.

Gloria para siempre
al Cordero humilde
que nos redimió. Amén.

LAUDES - Oración de la mañana - Domingo II del salterio





CAPÍTULO V

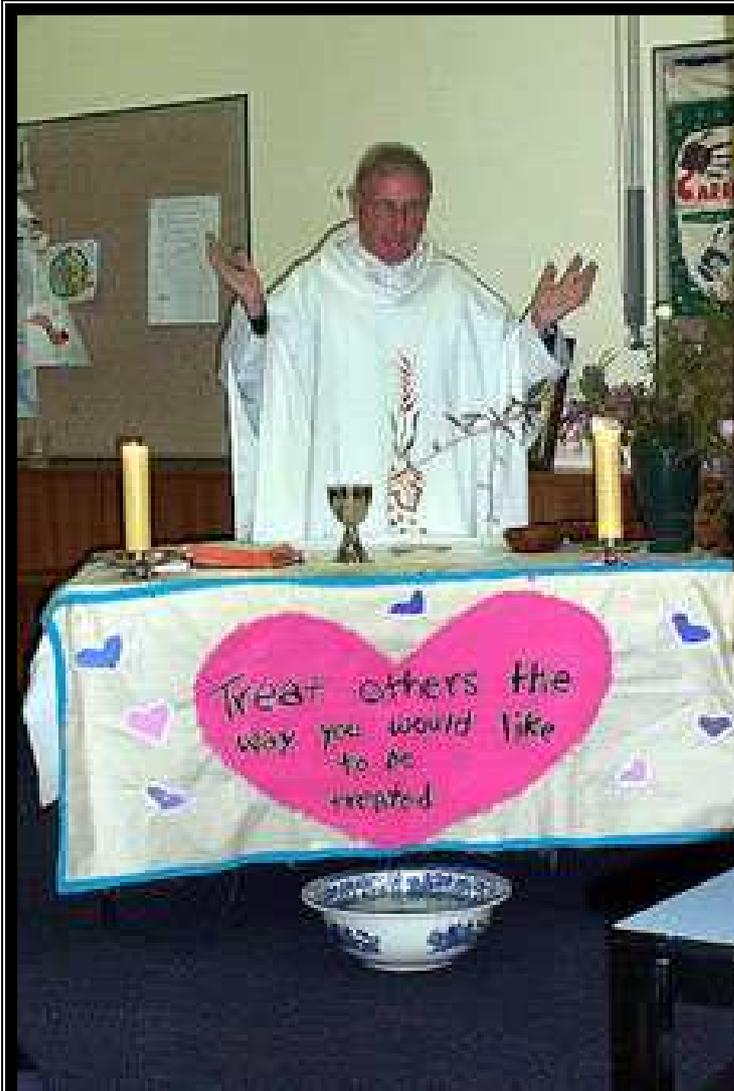
DECORO DE LA CELEBRACIÓN EUCARÍSTICA

CARTA ENCÍCLICA ECCLESIA DE EUCHARISTIA



Como la mujer de la unción en Betania, la Iglesia no ha tenido miedo de «derrochar», dedicando sus mejores recursos para expresar su reverente asombro ante el don inconmensurable de la Eucaristía. No menos que aquellos primeros discípulos encargados de preparar la «sala grande», la Iglesia se ha sentido impulsada a lo largo de los siglos y en las diversas culturas a celebrar la Eucaristía en un contexto digno de tan gran Misterio.

Aunque la lógica del «convite» inspire familiaridad, la Iglesia no ha cedido nunca a la tentación de banalizar esta «cordialidad» con su Esposo, olvidando que Él es también su Dios y que el «banquete» sigue siendo siempre, después de todo, un banquete sacrificial, marcado por la sangre derramada en el Gólgota. El banquete eucarístico es verdaderamente un banquete «sagrado», en el que la sencillez de los signos contiene el abismo de la santidad de Dios.



Siento el deber de hacer una acuciante llamada de atención para que se observen con gran fidelidad las normas litúrgicas en la celebración eucarística. Son una expresión concreta de la auténtica eclesialidad de la Eucaristía; éste es su sentido más profundo.

**CARTA ENCÍCLICA
ECCLESIA DE
EUCHARISTIA**



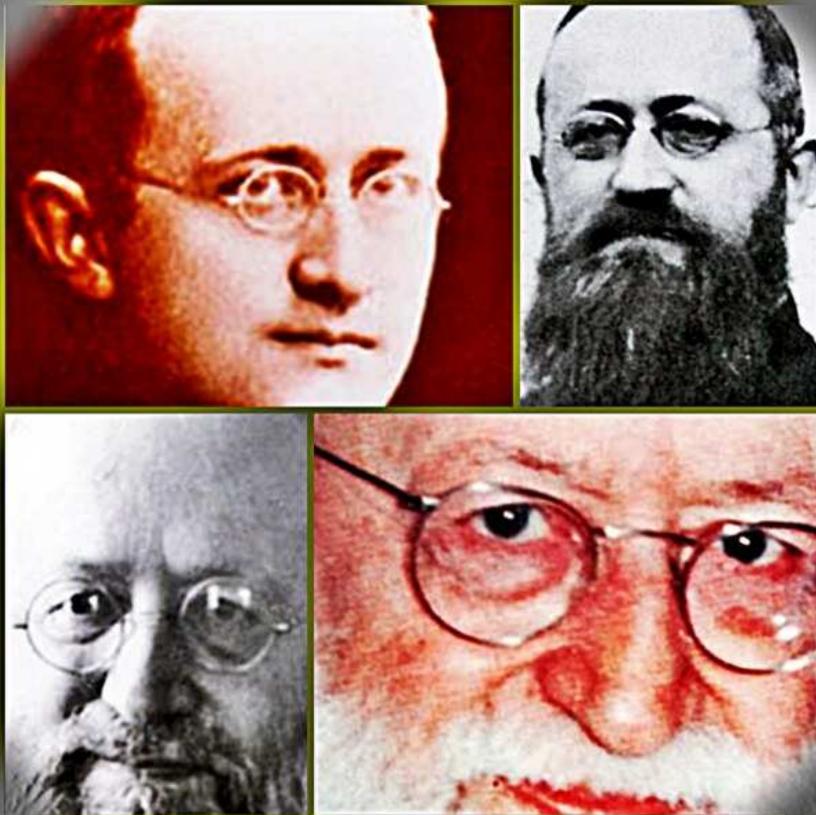
8 de julio de 1910

El padre José Kentenich recibió la ordenación sacerdotal el 8 de julio de 1910 de manos del Obispo Heinrich Vieter, procedente de Camerún, e la capilla de la Casa de las Misiones de los PP.Palotinos, en limburgo.

Ocho fueron los ordenados. E la misma capilla José celebró su primera misa, el 10 de julio asistido por su provincial el P. Michael Kolb



Donde ofrece el sacrificio,
se ofrece al Padre del Cielo
no sólo a sí mismo, no sólo a Cristo,
al Cristo histórico y eucarístico,
sino también a todos los miembros de Cristo



“Adicto” A Dios

PADRE JOSE KENTENICH

¿Qué tarea tiene entonces el sacerdote? Construir un puente. ¿Cuales son las riberas que ha de unirse mediante dicho puente? Por un lado, el Dios vivo y, por el otro, el hombre. Labor del sacerdote es pues

vincular a Dios y al hombre, con un lazo indestructible, de ferviente amor, permanente.

Y sin embargo, si confrontamos esta verdad con la confusión del tiempo de hoy, constatamos que vivimos en una época que huye de Dios. El mundo a nuestro alrededor esta huyendo de Dios. Incluso al reflexionar sobre nosotros mismos sobre nuestros colegas, sobre lo que vemos en televisión. ¿ Y qué pasa con Dios? Lo que ha dicho un filosofo moderno (Friedrich Nietzsche), se encuentra escrito sobre la faz del tiempo de hoy con carácter marcado;” Hemos matado al Dios vivo”, ¿dónde esta Dios, donde existe aún?.

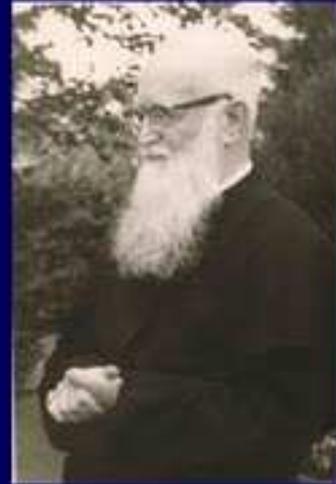
Y ahora escuchemos que la tarea del sacerdote en tales tiempos consiste en hacer del hombre que huye de Dios un hombre “adicto” a Dios; en hacer que ese Dios muerto cobre nuevamente vida para sensibilidad de la humanidad de hoy y sea objeto de un amor calido y fervoro.... Pontifex

Extracto homilía Milwaukee. EE.UU 3 DE NOVIEMBRE DE 1963



**¿Qué tarea tiene entonces el sacerdote?
Construir un puente. ¿Cuales son las riberas
que ha de unirse mediante dicho puente?
Por un lado, el Dios vivo y,
por el otro, el hombre
(Padre José Kentenich)**



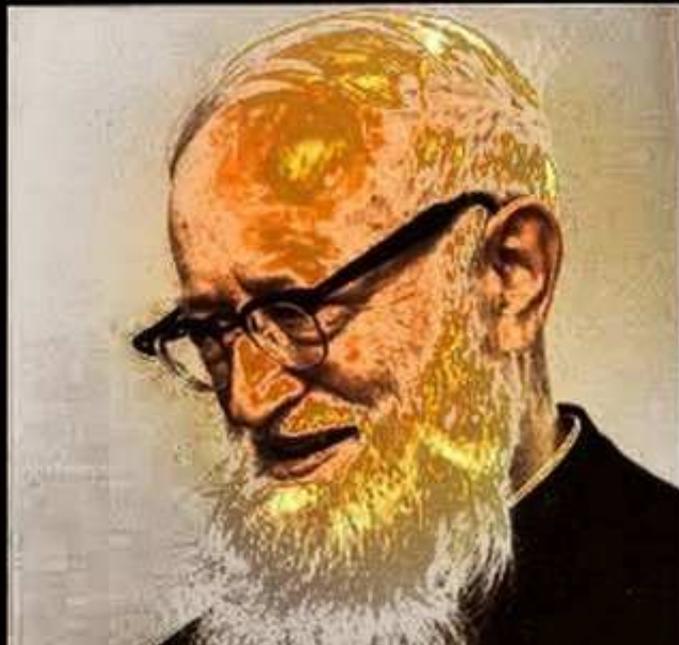


En tu poder
y en tu bondad
fundo mi vida;
en ellos espero
confiado como niño.
Madre Admirable
en ti y en tu Hijo
en toda circunstancia
creo y confío
ciegamente .
Amén



ORACION POR LA CANONIZACIÓN DEL PADRE JOSÉ KENTENICH

Padre eterno: Por amor a Ti y a tu Santa Iglesia, el Padre Kentenich procuró cumplir siempre tu voluntad y conducir a los hombres hacia Ti. En la confianza que tu lo escuchas en forma especial, te ruego me concedas lo que él te piden favor mío(aquí se menciona la intención personal), por la intersección de María, la Madre Reina y Victoriosa tres Veces Admirable de Schoenstatt. Te ruego le regales pronto la gracia de su canonización y así pueda colaborar aún más fecundamente en la obra de tu Hijo Jesús, para gloria tuya.
Amén



DILEXIT ECCLESIAM



Papa Benedicto XVI

**Queridos hermanos y hermanas, en la escuela de los santos, ¡enamórennos de este Sacramento!
¡Participemos en la Santa Misa con recogimiento, para obtener sus frutos espirituales, alimentémonos del Cuerpo y la Sangre del Señor, para ser incesantemente alimentados por la Gracia divina!**

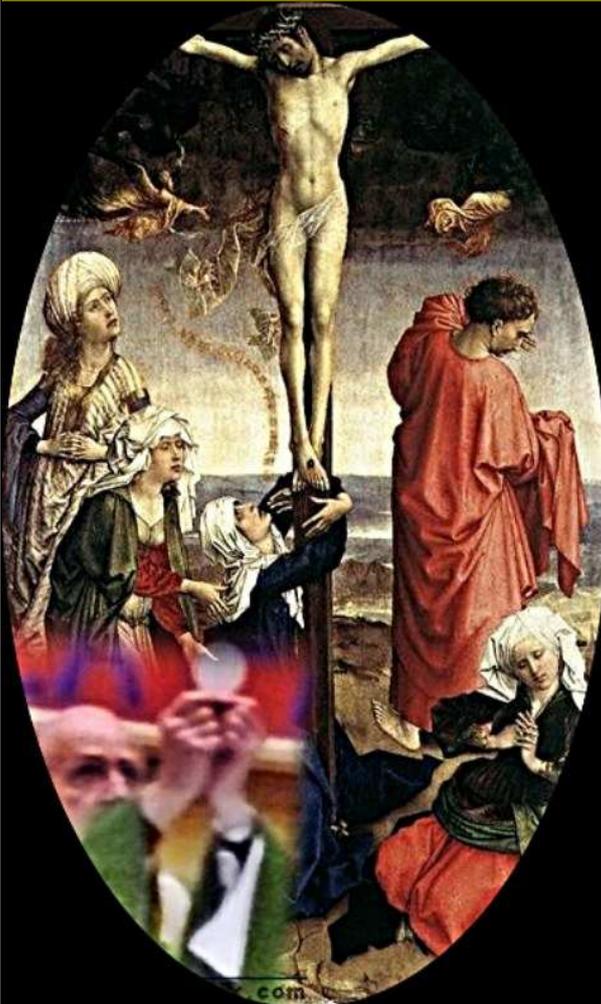


¡Entretengámonos de buen grado y con frecuencia, de tu a tu, en compañía del Santísimo Sacramento!
(Papa Benedicto XVI AUDIENCIA GENERAL 23 DE JUNIO)





Cuando Celebramos La Santa Misa Tenemos En Nuestras Manos El Pan Del Cielo, El Pan De Dios



Queridos ordenandos, quisiera proponer a vuestra reflexión un tercer pensamiento, estrechamente ligado a este apenas expuesto: la invitación de Jesús de “perderse a sí mismo”, de tomar la cruz, remite al misterio que estamos celebrando: la Eucaristía. A vosotros hoy, con el sacramento del Orden, ¡os viene dado presidir la Eucaristía! A vosotros se os confía el sacrificio redentor de Cristo; a vosotros se os confía su cuerpo entregado y su sangre derramada. Ciertamente, Jesús ofrece su sacrificio, su donación de amor humilde y

completo a la Iglesia su Esposa, sobre la Cruz. **Es sobre ese leño** donde el grano de trigo dejado caer por el Padre sobre el campo del mundo muere para convertirse en fruto maduro, dador de vida. Pero, en el diseño de Dios, esta donación de Cristo se hace presente en la Eucaristía gracias a aquella *potestas sacra* que el sacramento del Orden os confiera a vosotros, presbíteros. Cuando celebramos la santa misa tenemos en nuestras manos el pan del Cielo, el pan de Dios, que es Cristo, grano partido para multiplicarse y convertirse en



el verdadero alimento para la vida del mundo. Es algo que no puede sino llenar vuestro corazón de íntimo estupor, de viva alegría y de inmensa gratitud: el amor y el don de Cristo crucificado pasan a través de vuestras manos, vuestra voz, y vuestro corazón. ¡Es una experiencia siempre nueva de asombro ver que en mis manos, en mi voz, el Señor realiza este misterio de Su presencia!

¡Cómo no rezar por tanto al Señor, para que os dé una conciencia siempre vigilante y entusiasta de este don, que está puesto en el centro de vuestro ser sacerdotes! Para que os de la gracia de saber experimentar en profundidad toda la belleza y la fuerza de este servicio presbiteral y, al mismo tiempo, la gracia de poder vivir este ministerio con coherencia y generosidad, cada día. La gracia del presbiterado, que dentro de poco os será dada, os unirá íntimamente, estructuralmente, a la Eucaristía. Por eso, os pondrá en contacto en lo profundo de sus corazones con los sentimientos de Jesús que ama hasta el extremo, hasta el don total de sí, a su ser pan multiplicado para el santo banquete de la unidad y la comunión. Esta es la efusión pentecostal del Espíritu, destinada a inflamar vuestro camino con el amor mismo del Señor Jesús. Es una efusión que, mientras habla de la absoluta gratuidad del don, graba dentro del mismo ser una ley indeleble, la ley nueva, una ley que os empuja a insertaros y a hacer surgir en el tejido concreto de las actitudes y de los gestos de vuestra vida de cada día el amor mismo de donación de Cristo crucificado.

Homilía de Benedicto XVI durante la ordenación de 14 nuevos presbíteros



Por Cristo, con Él y en Él

R.P. CARLOS MIGUEL BUELA, IVE

Es una fórmula espléndida que señala la esencia de la liturgia católica, cuál debe ser nuestra orientación para alcanzar la santidad y cuál debe ser el centro de la pastoral. La usamos en la Misa y constituye la doxología (= alabanza) más solemne: *«Por Cristo, con Él y en Él, a ti, Dios Padre omnipotente, en la unidad del Espíritu Santo, todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos»*³.

Allí se nos recuerda la gloria y honor de Dios, Uno y Trino, como fin último y absoluto de toda la

creación y de nuestra vida. La unión a Cristo como camino para dar gloria a Dios y santificar nuestra vida.

«Por Cristo...». Jesucristo es el único Camino⁴. Nadie puede ir al Padre sino por Él⁵, ya que sólo Él conoce al Padre y aquel a quien Él quiera revelárselo⁶. De modo que todo lo que hagamos debemos hacerlo por Cristo. Especialmente, la Santa Misa. Es necesario incorporar a Cristo todas nuestras buenas obras, presentándolas ante el Padre por Cristo, a través de Cristo, por medio de Cristo.

Lo cual complace al Padre celestial y le da una gloria enorme. La Iglesia, en su liturgia, no le pide nada al Padre en nombre propio, sino única y exclusivamente en el nombre de Jesucristo: Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo...

«...con Él...». Pero la liturgia no sólo nos enseña a hacer todas las cosas por Cristo, a través de Cristo. Hay que hacerlas con Él, unidos a Él.



Mientras estemos en gracia, Cristo está con nosotros, está dentro de nosotros, y no hay obstáculo a que hagamos todo con Él, juntamente con Él, íntimamente unidos a Él. Sin esta unión nuestras obras no valdrían absolutamente nada: *Sin mi, nada podéis hacer*, dice Cristo (Jn 15,5). Con Él, en cambio, adquieren un valor incomparable.



«...y en Él...». Hacer todas las cosas por Cristo y con Él es de un precio y valor muy grandes. Pero hacerlas en Él, dentro de Él, identificados con Él es aún más grande.

Las dos primeras maneras (por, con) son algo extrínseco a nosotros y a nuestras obras; esta tercera nos mete dentro de Cristo, identificándonos, de alguna manera, con Él y nuestras obras con las suyas.

El «Cristo total» de que habla San Agustín es «Cristo más nosotros». El cristiano en gracia, forma como una misma cosa con Jesús.

«Se dice: el cristiano es otro Cristo, y nada más verdadero. Pero es preciso no equivocarse. Otro no significa aquí diferente. No somos otro Cristo diferente del Cristo verdadero. Estamos destinados a ser el Cristo único que existe:



“*Christus facti sumus*”, “Somos hechos Cristo”, según dice San Agustín⁷. No hemos de hacernos una cosa distinta de Él; hemos de convertirnos en Él⁸. Así se pueden comprender algunas de las enseñanzas del Evangelio y de San Pablo: el menor servicio que se nos dé, lo acepta y recompensa como si se lo hubieran hecho a Él mismo⁹. El último anhelo de Cristo en la noche de la cena es que seamos uno con Él¹⁰ de una manera cada vez más perfecta, hasta que lleguemos a ser «consumados en la unidad» en el seno del Padre¹¹; nuestros sufrimientos completan lo que falta a la pasión de Cristo¹²; Él es el que combate con nosotros¹³ y el que triunfa. Cuando se nos persigue a nosotros, se le persigue a Él¹⁴. De modo que está fuera de duda que Cristo nos ha incorporado a sí, nos ha hecho miembros suyos.



Nos enseña la liturgia que no sólo se ha de hacer todo por Cristo y con Cristo, sino también en Cristo, identificados con Él. Hemos de revestirnos de Jesucristo¹⁵, de tal modo que el Eterno Padre, al mirarnos, nos encuentre siempre, por así decirlo, revestidos de Jesús. A semejanza de la beata sor Isabel de la Trinidad: «No veáis en mí más que al Hijo muy amado, en el que tenéis puestas todas vuestras complacencias». Y para llegar a este sublime resultado le había pedido a Cristo que la «substituyera»; y al Espíritu Santo, que realizara



en su alma «como una nueva encarnación del Verbo», a fin de convertirse para Él en «una nueva humanidad sobreañadida, en la cual renueve todo su misterio»¹⁶.



En fin es hacer carne la enseñanza de San Pablo: *Para mí vivir es Cristo* (Flp 1,21), porque *ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí* (Ga 2,20).

«...a ti, Dios Padre omnipotente...». «En estos momentos, cuando la Iglesia está reunida en torno al altar para ofrecer el cuerpo del Señor que sobre él descansa, Dios recibe efectivamente toda honra y gloria»¹⁷.

Todo debe ordenarse, finalmente, al Padre. San Pablo nos lo recordó al enseñarnos – estableciendo con ello la jerarquía de valores en todo cuanto existe–: *Todas las cosas son vuestras, pero vosotros sois de Cristo, y Cristo es de Dios* (1Cor 3,22–23). Más adelante, completa su pensamiento: *Es preciso que Él (Cristo) reine hasta poner a todos sus enemigos bajo sus pies [...] pero cuando le queden sometidas todas las cosas, entonces el mismo Hijo se sujetará a quien a Él todo se lo sometió, para que sea Dios todo en todas las cosas* (1Cor 15,25–28).



«...en la unidad del Espíritu Santo...». Esta gloria de Dios, como es obvio, no pertenece exclusivamente a la persona del Padre. Es la gloria de la divinidad, del Dios Uno y Trino de la revelación. Por consiguiente, esa gloria que recibe el Padre por Cristo, con Él y en Él, pertenece también al Espíritu Santo, lazo divino que une al Padre y al Hijo en un inefable vínculo de amor que los consume a los tres en la unidad de una misma esencia.



«...todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos». Porque, en el plan actual de la salvación, toda la gloria que ha de recibir la Trinidad Beatísima de los hijos de los hombres ha de subir hasta ella por Cristo, con Él y en Él. No cabe la menor duda. En la doxología mayor de la Misa tenemos una fórmula sublime de lo que es la liturgia, de lo que debe ser nuestra vida sacerdotal, religiosa y laical.

4 cfr. Jn 14,6.

5 *Ibidem*.

6 cfr. Mt 11,27.

7 SAN AGUSTÍN, *In Ps. 26 enarr.* 2, 2; ML 36,200.

8 PLUS, *Cristo en nosotros*, 2; cit. en ROYO MARÍN, *Teología de la perfección cristiana*, (BAC, Madrid 1994) 85.

9 cfr. Mt 10,42; 25,34-46.

10 cfr. Jn 17,21.

11 cfr. Jn 17,23.

12 cfr. Col 1,24.

13 cfr. Col 1,29.

14 cfr. He 9,5.

15 cfr. Ro 13,14.

16 BEATA ISABEL DE LA TRINIDAD, *Obras Completas*, Elevación a la Santísima Trinidad (Editorial Monte Carmelo, Burgos 1984) 758.

17 JUNGSMANN, S.J., *El sacrificio de La Misa* (BAC, Madrid 1951) tr. 2. n. 372.



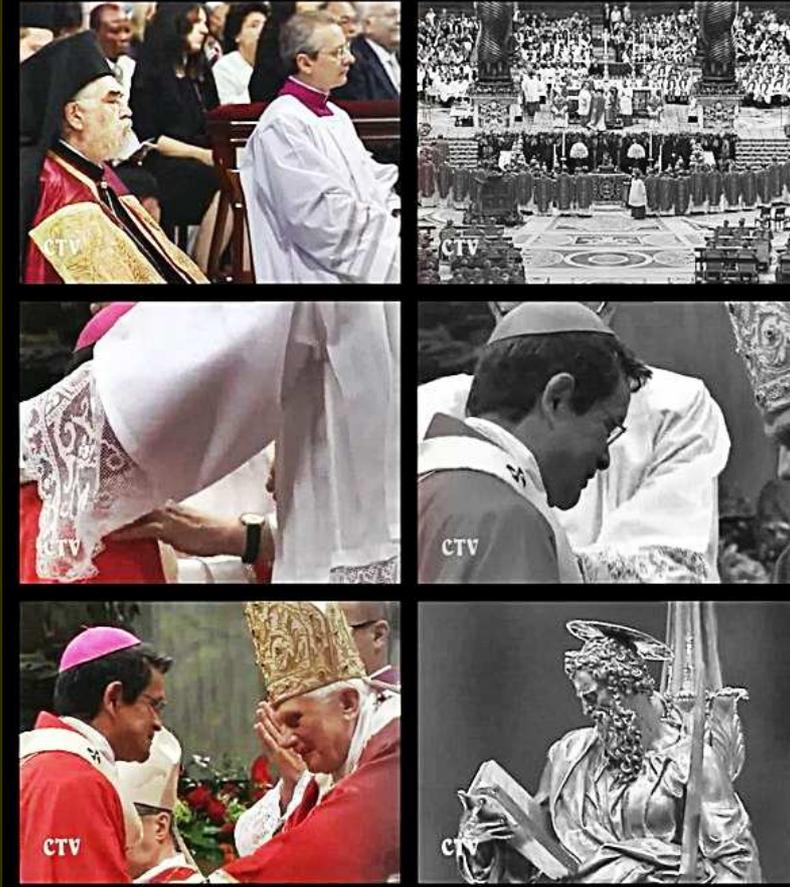
Homilía de Benedicto XVI en la solemnidad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo



Queridos hermanos y hermanas:

Los textos bíblicos de esta Liturgia eucarística de la solemnidad de los santos Apóstoles Pedro y Pablo, en su gran riqueza, ponen en resalto un tema que se podría resumir así: Dios está cerca a sus fieles servidores y los libera de todo mal, y libera a la Iglesia de las potencias negativas. Y el tema de la libertad de la Iglesia, que presenta un aspecto histórico y otro más profundamente espiritual.

Esta temática atraviesa hoy toda la Liturgia de la Palabra. La primera y la segunda Lectura hablan, respectivamente, de San Pedro y San Pablo subrayando propiamente la acción liberadora de Dios con ellos. Especialmente



el texto de los Hechos de los apóstoles describe con abundancia las intervenciones particulares del ángel del Señor, que desata a Pedro de las cadenas y lo conduce fuera de la cárcel de Jerusalén donde lo había hecho encerrar, bajo la estrecha vigilancia, el rey Herodes (cfr. Hechos 12,1-11). Pablo, en cambio, escribiendo a Timoteo cuando siente cercano el fin de su vida terrena, hace un balance completo, del que emerge que el Señor le fue siempre cercano, lo

ha liberado de de tantos peligros y ahora lo liberará introduciéndolo en su Reino eterno (cfr. 2 Tim 4,6-8.17-18). El tema es reforzado por el Salmo responsorial (sal 33), y encuentra un particular desarrollo también en el texto evangélico de la confesión de Pedro, donde Cristo promete que el poder de los infiernos no prevalecerá sobre su Iglesia (cfr. Mt 16, 18)

Observando bien se nota, en relación a esta temática, una cierta progresión. En la primera Lectura viene narrado un episodio específico que muestra la intervención del Señor para liberar a Pedro de la prisión; en la segunda de Pablo, sobre la base de su extraordinaria experiencia apostólica, se dice convencido que el Señor, que ya lo ha liberado 'de la boca del león', lo librerá de todo mal abriéndole las puertas del cielo; en el Evangelio en cambio no se habla más de apóstoles individuales, sino de la iglesia en su conjunto y de la seguridad respecto a las fuerzas del mal, entendidas en sentido amplio y profundo. En tal modo vemos que la promesa de Jesús -"el poder del infierno no prevalecerá" sobre la Iglesia - comprende si las experiencias históricas de persecución sufridas por Pedro y Pablo y de los otros testigos del Evangelio, pero va más allá, queriendo asegurar sobre todo la protección contra las



amenazas de orden espiritual; según lo que el mismo Pablo escribe en la Carta a los Efesios: "Nuestra batalla, de hecho, no es contra la carne y la sangre, sino contra los principados y las potencias, contra los dominadores de este mundo tenebroso, contra los espíritus del mal que habitan en las regiones celestes" (Ef 6,12).

En efecto, si pensamos en dos mil años de historia de la Iglesia, podemos observar que -como había preanunciado el Señor Jesús (cfr. Mt 10,16-33)- no han jamás faltado a los cristianos las pruebas, que en algunos períodos y lugares han asumido carácter de verdaderas y propias persecuciones. Estas, pero, a pesar de los sufrimientos que provocan, no constituyen el peligro más grave para la Iglesia. El daño mayor, de hecho, ella lo sufre de aquello que contamina la fe y la vida cristiana de sus miembros y de sus comunidades corrompiendo la integridad del Cuerpo místico, debilitando su capacidad de profecía y de testimonio, empañando la belleza de su rostro. Esta realidad es atestiguada ya del epistolario paulino. La Primera Carta a los Corintios, por ejemplo, responde propiamente a algunos problemas de divisiones, de incoherencias, de infidelidad al Evangelio que amenazan seriamente a la Iglesia. Pero también la Segunda Carta a Timoteo - de la que hemos escuchado un fragmento- habla de los peligros de los 'últimos tiempos', identificándolos con actitudes negativas que pertenecen al mundo y que pueden contagiar la comunidad cristiana: egoísmo, vanidad, orgullo, apego al dinero, etc. (cfr. 3,1-5). La conclusión del Apóstol es tranquilizante.: los hombres que obran el mal - escribe - "no llegarán muy lejos, porque su necedad quedará manifiesta a todos" (3,9). Hay, entonces, una garantía de libertad, asegurada por Dios a la Iglesia, libertad sea de lazos materiales que buscan impedir o coartar la misión, sea de males espirituales y morales, que pueden corromper la autenticidad y la credibilidad.

El tema de la libertad de la Iglesia, garantizada por Cristo a Pedro, tiene también una pertinencia específica con el rito de la imposición del Palio, que hoy renovamos para treinta y ocho Arzobispos Metropolitanos, a los cuales dirijo mi más cordial saludo, extendiéndolo con afecto a cuantos han querido acompañarlos en esta peregrinación. La comunión con Pedro y con sus sucesores, de hecho, es garantía de libertad para los pastores de la Iglesia y para las mismas comunidades a ellos confiadas. Lo es en los dos planos puestos en luz en la reflexión precedente. Sobre el plano histórico la unión con la Sede Apostólica asegura a las iglesias particulares y a las Conferencias Episcopales la libertad respecto a los poderes locales, nacionales o supranacionales, que



pueden en ciertos casos obstaculizar la misión eclesial. Además, y más esencialmente, el ministerio petrino es garantía de libertad en el sentido de la plena adhesión a la verdad, a la auténtica tradición, de modo que el pueblo de Dios sea preservado de errores concernientes a la fe y a la moral. El hecho, por tanto que, cada año, los nuevos metropolitanos vengan a Roma a recibir el Palio de las manos del Papa va entendido en su significado propio, como gesto de comunión, y el tema de la libertad de la Iglesia nos ofrece una clave de lectura particularmente importante. Esto aparece evidente en el caso de las iglesias signadas por la persecución, o sometidas a ingerencias políticas o a otras duras pruebas. Pero esto no es menos relevante en el caso de comunidades que sufren la influencia de doctrinas desviadas, o de tendencias ideológicas y prácticas contrarias al Evangelio. El Palio entonces se convierte, en este sentido, en garantía de libertad de libertad, análogamente al 'yugo' de Jesús, que el invita a tomar, cada uno sobre las propias espaldas (cfr. Mt 11,29-30). Como el mandamiento de Cristo -siendo exigente, es 'dulce y ligero', y en vez de pesar sobre el que lo lleva, lo alivia, así el vínculo con la Sede Apostólica - siendo comprometido -sostiene al Pastor y la porción de la iglesia confiada a

su cuidado, haciéndola más libre y más fuerte.



Una última indicación quisiera extraer de la palabra de Dios, en particular de la promesa de Cristo que el poder del infierno no prevalecerá sobre su iglesia.

Estas palabras pueden tener también un significativo valor ecuménico, del



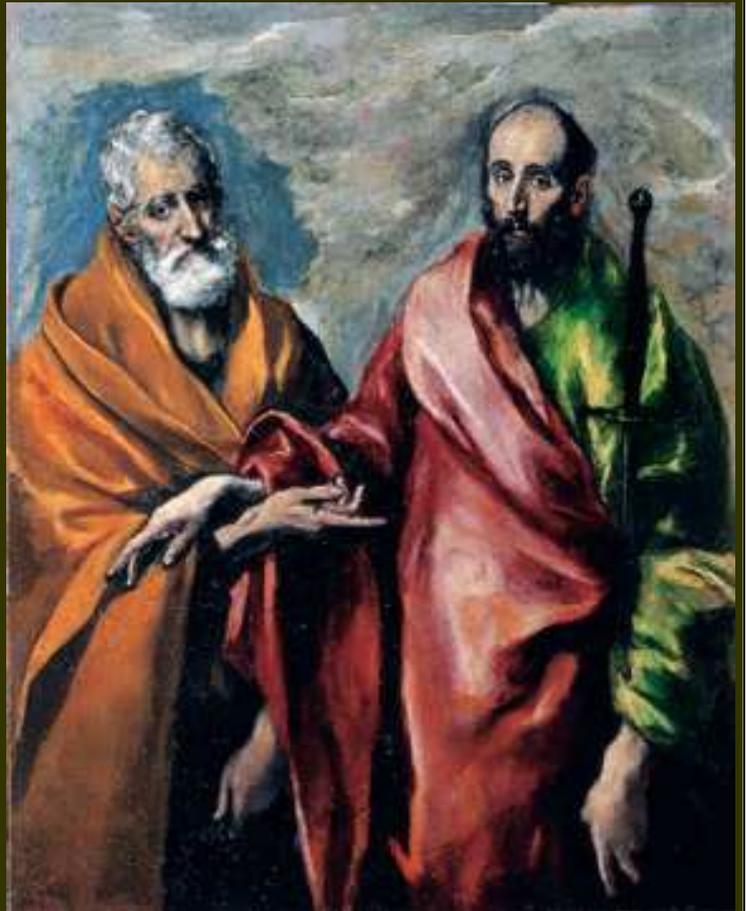
momento que, como aludía poco antes, uno de los efectos típicos de la acción del Maligno es propiamente la división al interno de la Comunidad eclesial. Las divisiones de hecho, son síntomas de la fuerza del pecado, que continúa actuando en los miembros de la iglesia también después de la redención. Pero la palabra de Cristo es clara: 'Non praevalerunt - no prevalecerán' (Mt. 16,18). La unidad de la Iglesia está radica en la unión con

Cristo, y la causa de la plena unidad de los cristianos -siempre de buscar y renovar, de generación en generación - es también sostenida por su oración y su promesa. En la lucha contra el espíritu del mal, Dios nos ha donado en Jesús el 'Abogado' defensor, y, después de su Pascua, 'otro paráclito' (cfr Jn 14,16), el Espíritu santo, que permanece con nosotros por siempre y conduce a la iglesia hacia la plenitud de la verdad (cfr Jn 14,16; 16,13), que es también la plenitud



de la caridad y de la unidad. Con estos sentimientos de confiada esperanza, estoy feliz de saludar la Delegación del Patriarcado de Constantinopla, que según la bella costumbre de las visitas recíprocas, participa de la celebración de los Santos Patronos de Roma. Juntos damos gracias a Dios por los progresos en las relaciones ecuménicas entre católicos y ortodoxos, y renovamos el compromiso de corresponder generosamente a la gracia de Dios que nos conduce a la plena comunión.

Queridos amigos, saludo cordialmente a cada uno de ustedes: señores Cardenales, Hermanos en el Episcopado, Señores Embajadores y Autoridades civiles, en particular al Sindaco de Roma, sacerdotes, religiosos y fieles laicos. Les agradezco por vuestra presencia. Los santos Apóstoles Pedro y Pablo les obtengan de amar siempre más la santa iglesia, cuerpo místico de Cristo Señor y mensajera de unidad y de paz para todos los hombres. Les obtengan también ofrecer con alegría por su santidad y misión las fatigas y los



sufrimientos soportados por fidelidad al Evangelio. La Virgen María, Reina de los Apóstoles y Madre de la iglesia, vele siempre sobre ustedes, en particular sobre el ministerio de los Arzobispos Metropolitanos. Con su celeste ayuda puedan vivir y actuar siempre en aquella libertad, que Cristo nos ha ganado. Amén.

Traducción del italiano: Guillermo Ortiz SJ – RV

http://revistaecclesia.com/index.php?option=com_content&task=view&id=18788&Itemid=64



**Dios omnipotente y eterno,
que nos has alimentado con el sacramento
de tu amor, concédenos vivir siempre en tu
amistad y agradecer continuamente tu misericordia.**

Por Jesucristo, nuestro Señor.

**ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN
DOMINGO 14 DEL TIEMPO ORDINARIO**



Eucaristía y arte sacro

Hemos de reconocer que el arte es un valor admitido por todos y, como tal, puede ser un magnífico instrumento para llegar hasta los más alejados en un mundo que, de entrada, rechaza toda oferta religiosa.



Jesús Casás Otero

Sacerdote

Las Jornadas Nacionales del Patrimonio Cultural de la Iglesia, celebradas en Málaga del 14 al 18 de junio, estuvieron dedicadas, este año, a los testimonios artísticos de la Eucaristía en España. En sus conclusiones se inspira el presente artículo sobre *Eucaristía y arte sacro*.

El concilio Vaticano II, al señalar las bellas artes entre las actividades más nobles del ingenio humano, establece una *distinción* entre “el arte en general”, “el arte religioso”, y su cota más alta, que es “el arte sacro” (SC 122).

La sacralidad añade una plusvalía religiosa a la belleza artística mostrándose como algo supremo y misterioso que se transmite a todas las demás cosas consideradas sagradas. Al ofrecerse como valor supremo afecta también a la conciencia del hombre; y, en su estructura misteriosa, implica al signo sensible y a su contenido simbólico capaz de apuntar a la trascendencia suprema. En esta trascendencia, la simbología eucarística señala la presencia real de Cristo



en el Santísimo Sacramento del Altar.



Hemos de advertir que la forma estética, en su función de elemento perceptible, es lo que apunta a ese más-allá-de-sí-misma, que confiere a la obra de arte su significado trascendente. En cuanto que nos conduce a las profundidades del esplendor en el proceso cognoscitivo, la forma artística ejerce su dimensión comunicativa. Y este ir más-allá convierte al objeto artístico en verdadero lenguaje simbólico de transmisión. En este punto la pregunta sería si, para transmitir el misterio eucarístico, es necesario recurrir a la prestación simbólica.

La Eucaristía es “el misterio de nuestra fe” donde afirmamos la presencia real de Cristo bajo las especies sacramentales del pan y del vino. Y, como tal misterio, no se puede representar de un modo unívoco y directo. Necesita una mediación que, de alguna forma, apunte a lo inefable, a lo que está más-allá de nuestras posibilidades. Pues bien, la expresividad simbólica, por ciertas analogías con la trascendencia de los misterios, puede representar en formas concretas (signos), el significado espiritual de los sacramentos; sobre todo



cuando se trata de la Eucaristía que, más que ningún otro (sacramento), supera nuestra capacidad de comprensión.

Y si el hombre necesita realmente de los símbolos para vehicular los misterios, el arte, en su versión sagrada (arte sacro), contiene todos los ingredientes necesarios para proporcionar la eficacia precisa en la predicación, alabanza y expresión del misterio eucarístico: belleza, profundidad y seducción.

Por esta razón, la fe cristiana requiere la belleza artística como lenguaje simbólico de sus creencias. Y ¿por qué la belleza? Porque la belleza, junto con la verdad y la bondad, nos transmite

todo el potencial operativo de los sacramentos. Y en su plenitud efusiva, la belleza absoluta que en la Eucaristía ha querido habitar sacramentalmente entre nosotros, es el origen de toda la belleza del mundo. Dice a este respecto el Areopagita que “lo bello es el principio de todas las cosas, su causa eficiente, su motor y lo que las contiene por amor de su propia belleza”.

De hecho, la Iglesia siempre ha defendido y promocionado el arte sacro y su efectividad como elemento mediador entre la belleza de la revelación y la respuesta de fe, o entre el misterio eucarístico y su liturgia de alabanza. Con esta disposición, la Iglesia promociona en el arte aquellos símbolos eucarísticos que nos resultan más familiares: el cordero, el pez, el ciervo, el sol, el pelícano, la paloma, el ave fénix, el pan, las espigas, el vino, las uvas, la vid, la custodia, el cáliz, el copón y el alfa y omega. A través de estos símbolos emblemáticos, el arte religioso, y *a fortiori* el arte sacro dedicado a la simbología eucarística, nos sugiere una visión de la belleza del misterio y del pensamiento teológico que lo



domina.

El fundamento de esta belleza teológica, es el amor (*Deus caritas est*): el amor creador del Padre por el que nosotros existimos; el amor redentor del Hijo que, por la encarnación, desciende a nosotros revelándose en Cristo “hasta el extremo” (Jn 13,1); y el amor de Dios “derramado en nuestros corazones por virtud del Espíritu Santo, que nos ha sido dado” (Rm 5,5). Se trata, pues, de descubrir en el arte, la belleza de este amor trinitario que brota del Padre, revelado por el Hijo, y derramado en nuestros corazones por la acción del Espíritu.

En su función mediadora, la obra de arte sacro nos acerca a la visión de este gran misterio, moviendo

nuestra sensibilidad hacia la contemplación, admiración y adoración. Y en estos tres pasos del culto eucarístico se resume la historia de todas las religiones, tanto de las religiones bíblicas como extrabíblicas.

Así lo ratifica el papa Benedicto XVI, cuando señala la Eucaristía como el punto de encuentro “de la historia de las religiones en general” con “el culto verdadero siempre esperado y que siempre supera

nuestras posibilidades: la adoración “en espíritu y en verdad”“. Ese “culto verdadero” del que nos habla el Papa se concreta en una relación personal con lo sagrado. No se contenta con una referencia generalizada a una fuerza o ser Superior (como hacen los paganos). El “culto verdadero” nos proporciona una



experiencia propia con un Dios personal y dialogante cuya máxima aproximación al hombre se realiza en el misterio de Cristo, se actualiza en los sacramentos y, en grado eminente, en la presencia de Cristo en la Eucaristía.



Por el enorme servicio que presta la creatividad artística a la celebración y alabanza de este sacramento, la santa madre Iglesia “apoyó a los artistas, principalmente para que las cosas destinadas al culto sagrado fueran en verdad dignas, decorosas y bellas, signos y símbolos de las realidades celestiales” (SC VII,122).

Históricamente, la simbología eucarística comienza a aparecer en la decoración de los primeros enterramientos. Sin embargo, aun estando presente en la mentalidad de los fieles desde los comienzos, es sobre todo en la Edad Media (siglo XIII), con la institución de la festividad del Corpus, y el estímulo teológico de Sto. Tomás y S. Buenaventura, cuando la presencia eucarística de Cristo recibe el gran impulso hacia el culto central en la vida de la Iglesia. Impulso que tomará total relevancia a partir del concilio de Trento (segunda mitad del siglo XVI) donde se declara que “después de la consagración del pan y del vino, se contiene *verdadera, real y sustancialmente* nuestro Señor Jesucristo, verdadero



Dios y hombre, bajo la apariencia de aquellas cosas sensibles” (D 874).

Juan Pablo II nos recuerda que “la Iglesia vive del Cristo eucarístico; de él se alimenta y por él es iluminada. Pero, si la Eucaristía edifica a la Iglesia, también la Iglesia honra, predica y celebra la Eucaristía como función central de la vida cristiana. La Iglesia está fundada sobre la entrega de

Cristo redentor “por nuestros pecados” (1 Cor 15,3) que se actualiza en la liturgia de la Misa. Y en esta actividad eucarística se encuentran comprometidas las obras de arte sacro que sirvieron entonces para transmitir a los fieles, en un marco cristiano, los misterios de nuestra fe.

Pero hoy nos encontramos con una sociedad compuesta, tanto de creyentes e indiferentes, como de agnósticos y ateos; a ellos también tiene que alcanzar el mensaje de Cristo. Es un deber y una responsabilidad apostólica de la Iglesia en el mundo actual: “¡Hay de mi si no anuncio el evangelio! –decía Pablo VI recordando a S. Pablo– Para esto me ha enviado el mismo Cristo. Yo soy apóstol y testigo”.

Ante este compromiso, hemos de reconocer que el arte es un valor admitido por todos y, como tal, puede ser un magnífico instrumento para llegar hasta los más alejados en un mundo que, de entrada, rechaza todo oferta religiosa. El instrumento será válido, siempre que el arte transmita la fe auténtica. Por eso, la integración de este arte en la totalidad de la fe de la Iglesia es fundamental “y con ello también la relación interior con la historia de la fe, con la Sagrada Escritura y con la Tradición” (Benedicto XVI).



Al servicio de esta Tradición entre los creyentes, las obras de arte sacro favorecen un acercamiento efectivo entre la fe de los fieles y los símbolos de la presencia eucarística. Y la belleza de esta correspondencia, en la experiencia de fe, es la que establece la relación de la Eucaristía con el misterio trinitario, con la revelación divina, y con la totalidad de la fe de la Iglesia.



Las ponencias y las obras de arte que hemos tenido en estas Jornadas nos confirman que España, además de ser la tierra de María Santísima, es también la tierra del Santísimo Sacramento.

Porque en efecto, España es la patria, entre otros, de San Pascual Bailón, el santo declarado por el Papa León XIII "Patrón de las Asociaciones y Congresos eucarísticos". La de las grandes solemnidades del Corpus Christi con sus procesiones, ornamentos y demás mobiliario artístico. La de la arquitectura eucarística en templos, capillas, sagrarios y retablos. La que conserva en Valencia el Santo Grial de la última Cena. La de las reliquias, milagros y tradiciones eucarísticas. La de la orfebrería en custodias, cálices y demás objetos litúrgicos de los talleres de la península y de Canarias con influencias de



Hispanoamérica. La de las eméritas cofradías del Ssmo. Sacramento. La de la música sacra en himnos y motetes eucarísticos. La de las expresiones literarias en poesía y autos sacramentales. Y también la patria del Beato Manuel González García, obispo de los Sagrarios abandonados, en cuya Casa de Espiritualidad hemos celebrado estas Jornadas.

Para terminar resumamos diciendo que, en las XXX Jornadas Nacionales de Patrimonio Artístico de la Iglesia, hemos reflexionado sobre el lenguaje simbólico del arte sacro, relacionado con el dogma de la presencia real de Cristo en la Eucaristía, y su incidencia en la vida de fe de la Iglesia española.



**Jesús Casás Otero,
sacerdote**

[http://infocatolica.com/
?t=opinion&cod=6665](http://infocatolica.com/?t=opinion&cod=6665)



El espíritu de la liturgia Observancia de las normas litúrgicas y “ars celebrandi”



Columna de teología litúrgica dirigida por Mauro Gagliardi

ROMA, viernes 2 de julio de 2010 (ZENIT.org).- Ofrecemos a continuación el último artículo de nuestra sección “El Espíritu de la Liturgia”, escrito por Mauro Gagliardi, sobre la importancia de la observancia de las normas litúrgicas y el ars celebrandi.

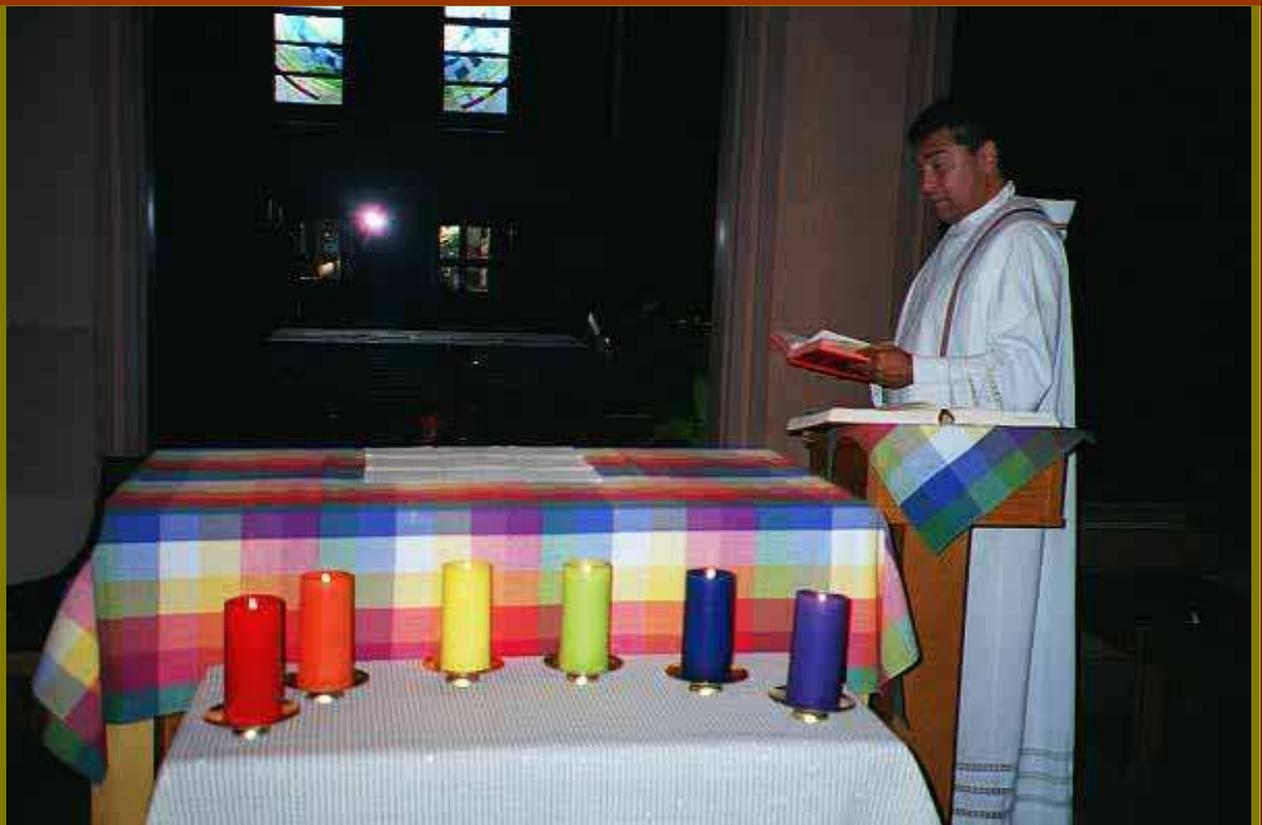


Durante el Año Sacerdotal, concluido hace poco, la columna “El Espíritu de la Liturgia” ha desarrollado el tema de “El sacerdote en la Celebración eucarística”, elegido con motivo de la coincidencia, en 2009-2010, de diversos aniversarios: el 150° de la muerte del Santo Cura de Ars (1859), el 40° de la promulgación del Misal de Pablo VI (1969) y el 440° del Misal de san Pío V (1570), que en la edición aprobada por el beato Juan XXIII (1962) representa la forma extraordinaria del Rito Romano [1]. De ahí la oportunidad de poner en claro la peculiar dignidad del sacerdocio ordenado, profundizando en la teología y la espiritualidad de la Santa Misa, particularmente en la perspectiva del ministro que la celebra.

En este último artículo, con el que queremos también despedirnos de nuestros lectores antes de la pausa veraniega, queremos reflexionar con la brevedad acostumbrada sobre el tema del ars celebrandi.

1. La situación en el post-Concilio

El Concilio Vaticano II ordenó una reforma general de la sagrada liturgia[2]. Esta fue efectuada, tras la clausura del Concilio, por una comisión comunmente llamada, por brevedad, el Consilium [3]. Es sabido que la reforma litúrgica fue desde el inicio objeto de críticas, a veces radicales, como de exaltaciones, en ciertos casos excesivas. No es nuestra intención detenernos en este problema. Podemos decir en cambio que se está generalmente de acuerdo en observar un fuerte aumento de los abusos en el campo celebrativo después del Concilio. También el Magisterio reciente ha tomado nota de la situación y en muchos casos ha llamado a la estricta observancia de las normas y de las indicaciones litúrgicas. Por otra parte, las leyes litúrgicas establecidas para la forma ordinaria (o de Pablo VI) – la que, excepciones aparte, se celebra siempre y en todas partes en la Iglesia de hoy – son mucho más “abiertas” respecto al pasado. Estas permiten muchas excepciones y diversas aplicaciones, y prevén también múltiples formularios para los diversos ritos (la pluriformidad incluso aumenta en el paso de la editio typica latina a las versiones nacionales). A pesar de ello, un gran número de sacerdotes considera que tiene que ampliar ulteriormente el espacio dejado a la “creatividad”, que se expresa sobre todo con el frecuente cambio de palabras o de frases enteras respecto a las fijadas en los libros litúrgicos, con la inserción de “ritos” nuevos y a menudo extraños completamente a la tradición litúrgica y teológica de la Iglesia e incluso con el uso de vestimentas, vasos sagrados y adornos no siempre adecuados y, en algunos casos, cayendo incluso en el ridículo. El liturgista Cesare Giraudo ha resumido la situación con estas palabras:

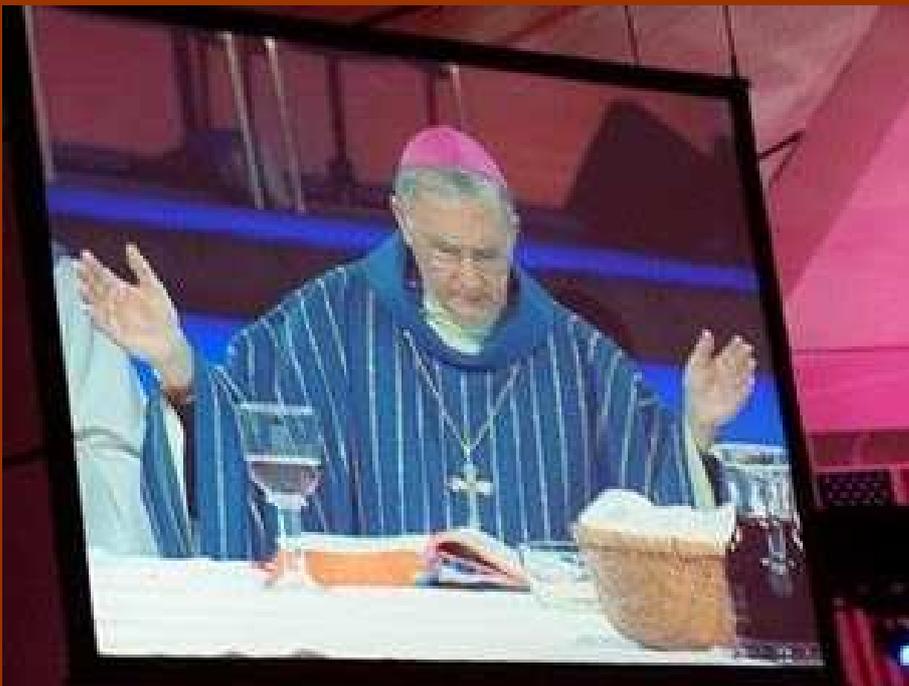


“Si antes [de la reforma litúrgica] había fijación, esclerosis de formas, innaturalidad, que hacían la liturgia de entonces una “liturgia de hierro”, hoy hay naturalidad y espontaneísmo, sin duda sinceros, pero a menudo sobreentendidas, malentendidas, que hacen – o al menos corren en riesgo de hacer – de la liturgia una “liturgia de caucho”, resbaladiza, escurridiza, jabonosa, que a veces se expresa en una ostentosa liberación de toda normativa escrita. [...] Esta espontaneidad mal entendida, que se identifica de hecho con la improvisación, la facilonería, la superficialidad, el permisivismo, es el nuevo “criterio” que fascina a innumerables agentes pastorales, sacerdotes y laicos.

[...] Por no hablar también de aquellos sacerdotes que, a veces y en algunos lugares, se arrogan el derecho de utilizar plegarias eucarísticas salvajes, o de componer acá o allá su texto o partes de él” [4].

El papa Juan Pablo II, en la encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, manifestó su disgusto por los abusos litúrgicos que tienen lugar a menudo, particularmente en la celebración de la Santa Misa, en cuanto que “la Eucaristía es un don demasiado grande, para soportar ambigüedades y disminuciones” [5]. Y añadió:

“Por desgracia, es de lamentar que, sobre todo a partir de los años de la reforma litúrgica postconciliar, por un malentendido sentido de creatividad y



de adaptación, no hayan faltado abusos, que para muchos han sido causa de malestar. Una cierta reacción al « formalismo » ha llevado a algunos, especialmente en ciertas regiones, a considerar como no obligatorias las « formas » adoptadas por la gran tradición litúrgica

de la Iglesia y su Magisterio, y a introducir innovaciones no autorizadas y con frecuencia del todo inconvenientes.



Por tanto, siento el deber de hacer una acuciante llamada de atención para que se observen con gran fidelidad las normas litúrgicas en la celebración eucarística. Son una expresión concreta de la auténtica eclesialidad de la



Eucaristía; éste es su sentido más profundo. La liturgia nunca es propiedad privada de alguien, ni del celebrante ni de la comunidad en que se celebran los Misterios” [6].



2. Causas y efectos del fenómeno

El fenómeno de la “desobediencia litúrgica” se ha extendido de tal forma, por número y en ciertos casos también por gravedad, que se ha formado en muchos una mentalidad por la cual en la liturgia, salvando las palabras de la consagración eucarística, se podrían aportar todas las modificaciones consideradas “pastoralmente” oportunas por el sacerdote o por la comunidad. Esta situación indujo al mismo Juan Pablo II a pedir a la Congregación para el Culto Divino que preparase una Instrucción disciplinar sobre la Celebración de la Eucaristía, publicada con el título de *Redemptionis Sacramentum* el 25 de marzo de 2004. En la citación antes reproducida de la *Ecclesia de Eucharistia*, se indicaba en la reacción al formalismo una de las causas de la “desobediencia litúrgica” de nuestro tiempo. La *Redemptionis Sacramentum* señala otras causas, entre ellas un falso concepto de libertad [7] y la ignorancia. Esta última en particular se refiere no sólo al conocimiento de las normas, sino también a una comprensión deficiente del valor histórico y teológico de muchos textos eucológicos y ritos: “Los abusos encuentran, finalmente, muy a menudo



fundamento en la ignorancia, ya que por lo general se rechaza aquello de lo que no se capta el sentido más profundo, ni se conoce su antigüedad" [8]. Introduciendo el tema de la fidelidad a las normas en una comprensión teológica e histórica, además de en el contexto de la eclesiología de comunión, la Instrucción afirma:



“El Misterio de la Eucaristía es demasiado grande 'para que alguien pueda permitirse tratarlo a su arbitrio personal, lo que no respetaría ni su carácter sagrado ni su dimensión universal'. [...] Los actos arbitrarios no benefician la verdadera renovación, sino que lesionan el verdadero derecho de los fieles a la acción litúrgica, que es expresión de la vida de la Iglesia, según su tradición y disciplina. Además, introducen en la misma celebración de la Eucaristía elementos de discordia y la deforman, cuando ella tiende, por su propia naturaleza y de forma eminente, a significar y realizar admirablemente la comunión con la vida divina y la unidad del pueblo de Dios. De estos actos arbitrarios se deriva incertidumbre en la doctrina, duda y escándalo para el pueblo de Dios y, casi inevitablemente, una violenta repugnancia que confunde y aflige con fuerza a muchos fieles en nuestros tiempos, en que frecuentemente la vida cristiana sufre el ambiente, muy difícil, de la 'secularización'.

Por otra parte, todos los fieles cristianos gozan del derecho de celebrar una liturgia verdadera, y especialmente la celebración de la santa Misa, que sea tal como la Iglesia ha querido y establecido, como está prescrito en los libros litúrgicos y en las otras leyes y normas. Además, el pueblo católico tiene



derecho a que se celebre por él, de forma íntegra, el santo sacrificio de la Misa, conforme a toda la enseñanza del Magisterio de la Iglesia. Finalmente, la comunidad católica tiene derecho a que de tal modo se realice para ella la celebración de la santísima Eucaristía, que aparezca verdaderamente como sacramento de unidad, excluyendo absolutamente todos los defectos y gestos que puedan manifestar divisiones y facciones en la Iglesia” [9].



Particularmente significativo en este texto es la llamada al derecho de los fieles de tener la liturgia celebrada según las normas universales de la Iglesia, además de subrayar el hecho de que las transformaciones y modificaciones de la liturgia – aunque se hagan por motivos “pastorales” – no tienen en realidad un efecto positivo en este campo; al contrario confunden, turban, cansan y pueden incluso hacer alejarse a los fieles de la práctica religiosa.

3. El ars celebrandi

He aquí los motivos por los cuales el Magisterio en las últimas cuatro décadas ha recordado varias veces a los sacerdotes en la importancia del ars celebrandi, el cual – si bien no consiste sólo en la perfecta ejecución de los ritos de acuerdo con los libros, sino también y sobre todo en el espíritu de fe y adoración con los que éstos se celebran – no se puede sin embargo realizar si se aleja de las normas fijadas para la celebración [10]. Así lo expresa por ejemplo el Santo Padre Benedicto XVI:

“El primer modo con el que se favorece la participación del Pueblo de Dios en el



Rito sagrado es la adecuada celebración del Rito mismo. El ars celebrandi es la mejor premisa para la actuosa participatio. El ars celebrandi proviene de la obediencia fiel a las normas litúrgicas en su plenitud, pues es precisamente este modo de celebrar lo que asegura desde hace dos mil años la vida de fe de todos los creyentes, los cuales están llamados a vivir la celebración como Pueblo de



Dios, sacerdocio real, nación santa (cf. 1 P 2,4-5.9).” [11].

Recordando estos aspectos, no se debe caer en el error de olvidar los frutos positivos producidos por el movimiento de renovación litúrgica. El problema señalado, con todo, subsiste y es importante que la solución al mismo parta de los sacerdotes, los cuales deben empeñarse ante todo en conocer de manera profundizada los libros litúrgicos, y también a poner fielmente en práctica sus prescripciones. Sólo el conocimiento de las leyes litúrgicas y el deseo de atenerse estrictamente a ellas impedirá ulteriores abusos e “innovaciones” arbitrarias que, si en el momento pueden quizás emocionar a los presentes, en realidad acaban pronto por cansar y defraudar. Salvadas las mejores intenciones de quien las comete, después de cuarenta años de “desobediencia



litúrgica” no construye de hecho mejores comunidades cristianas, sino que al contrario pone en peligro la solidez de su fe y de su pertenencia a la unidad de la Iglesia católica. No se puede utilizar el carácter más “abierto” de las nuevas normas litúrgicas como pretexto para desnaturalizar el culto público de la Iglesia:



“Las nuevas normas han simplificado en mucho las fórmulas, los gestos, los actos litúrgicos [...]. Pero tampoco en este campo se debe ir más allá de lo establecido: de hecho, haciendo así, se despojaría a la liturgia de los signos sagrados y de su belleza, que son necesarios, para que se realice verdaderamente en la comunidad cristiana el misterio de la salvación y se comprenda también bajo el velo de las realidades visibles, a través de una catequesis apropiada. La reforma litúrgica de hecho no es sinónimo de desacralización, ni quiere ser motivo para ese fenómeno que llaman la secularización del mundo. Es necesario por ello conservar en los ritos dignidad, seriedad, sacralidad” [12].

Entre las gracias que esperamos poder obtener de la celebración del Año Sacerdotal está por tanto también la de una verdadera renovación litúrgica en el seno de la Iglesia, para que la sagrada liturgia sea comprendida y vivida por lo que esta es en realidad: el culto público e íntegro del Cuerpo Místico de Cristo, Cabeza y miembros, culto de adoración que glorifica a Dios y santifica a los hombres [13].

Notas

[1] Cf. M. Gagliardi, “El sacerdote en la Celebración eucarística”, Zenit



12.11.2009: <http://www.zenit.org/article-33257?l=spanish>

[2] Cf. Concilio Vaticano II, Sacrosanctum Concilium, n. 21.

[3] Abreviación de Consilium ad exsequendam Constitutionem de Sacra Liturgia.

[4] C. Giraud, "La costituzione 'Sacrosanctum Concilium': il primo grande dono del Vaticano II", en *La Civiltà Cattolica* (2003/IV), pp. 532; 531.

[5] Juan Pablo II, *Ecclesia de Eucharistia*, n. 10.

[6] *Ibid.*, n. 52. Cf. también Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, n. 28.

[7] "No es extraño que los abusos tengan su origen en un falso concepto de libertad. Pero Dios nos ha concedido, en Cristo, no una falsa libertad para hacer lo que queramos, sino la libertad para que podamos realizar lo que es digno y justo": Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, *Redemptionis Sacramentum*, n. 7.

[8] *Ibid.*, n. 9.

[9] *Ibid.*, nn. 11-12.

[10] Sagrada Congregación de los Ritos, *Eucharisticum Mysterium*, n. 20: "Para favorecer el correcto desarrollo de la celebración sagrada y la participación activa de los fieles, los ministros no deben limitarse a llevar a cabo su servicio con exactitud, según las leyes litúrgicas, sino que deben comportarse de forma que inculquen, por medio de éste, el sentido de las cosas sagradas".

[11] Benedicto XVI, *Sacramentum Caritatis*, n. 38. Véase el n. 40 desarrolla adecuadamente el concepto.

[12] Sagrada Congregación para el Culto Divino, *Liturgicae instaurationes*, n. 1. El texto continua: "La eficacia de las acciones litúrgicas no está en la búsqueda continua de novedades rituales, o de simplificaciones ulteriores, sino en la profundización de la palabra de Dios y del misterio celebrado, cuya presencia está asegurada por la observancia de los ritos de la Iglesia y no de los impuestos por el gusto personal de cada sacerdote. Téngase presente, además, que la imposición de reconstrucciones personales de los ritos sagrados por parte del sacerdote ofende la dignidad de los fieles y abre el camino al individualismo y al personalismo en la celebración de acciones que directamente pertenecen a toda la Iglesia".

[13] Cf. Pío XII, *Mediator Dei*, I, 1; Concilio Vaticano II, *Sacrosanctum Concilium*, n. 7.

[Traducción del original italiano por Inma Álvarez]

Aberración litúrgica

http://www.youtube.com/watch?v=rh_nqtp3VrU&feature=related



ORDO MISSA

XIII DOMINGO ORDINARIO





RITOS INICIALES RITUS INITIALES

INTROITUS



ANTÍFONA DE ENTRADA (Sal 47, 10-11)

Recordaremos, Señor, los dones de tu amor en medio de tu templo. Que todos los hombres de la tierra te conozcan y alaben, porque es infinita tu justicia.

Reunido el pueblo, el sacerdote con los ministros va al altar, mientras se entona el canto de entrada.

Cuando llega al altar, el sacerdote con los ministros hace la debida reverencia, besa el altar y, si se juzga oportuno, lo incienso. Después se dirige con los ministros a la sede.

Terminado el canto de entrada, el sacerdote y los fieles, de pie, se santiguan, mientras el sacerdote dice:



**En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo
In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti.
Amen.**

El sacerdote, extendiendo las manos, saluda al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

Saludo SALUTATIO

El Señor esté con vosotros

Dominus vobiscum.

respuesta

Y con tu espíritu.

Et cum spiritu tuo.



ACTO PENITENCIAL

ACTUS PÆNITENTIALIS

Kyrie, eleison.

Kyrie, eleison.

Christe, eleison.

Christe, eleison.

Kyrie, eleison.

Kyrie, eleison.

Señor, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Cristo, ten piedad.

Señor, ten piedad.

Señor, ten piedad

Se dice Gloria.

Gloria in excelsis Deo

et in terra pax hominibus bonae voluntatis.

Laudamus te, benedicimus te, adoramus te, glorificamus te,

gratias agimus tibi propter magnam gloriam tuam,

Domine Deus, Rex caelestis Deus Pater omnipotens,

Domine Fili unigenite, Iesu Christe,

Domine Deus, Agnus Dei, Filius Patris,

qui tollis peccata mundi, miserere nobis;

qui tollis peccata mundi, suscipe deprecationem nostram.

Qui sedes ad dexteram Patris, miserere nobis.

Quoniam tu solus Sanctus,

tu solus Dominus, tu solus Altissimus, Iesu Christe,

cum Sancto Spiritu:

in gloria Dei Patris. Amen.

Gloria a Dios en cielo, y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial, Dios Padre todopoderoso. Señor, Hijo único Jesucristo. Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado



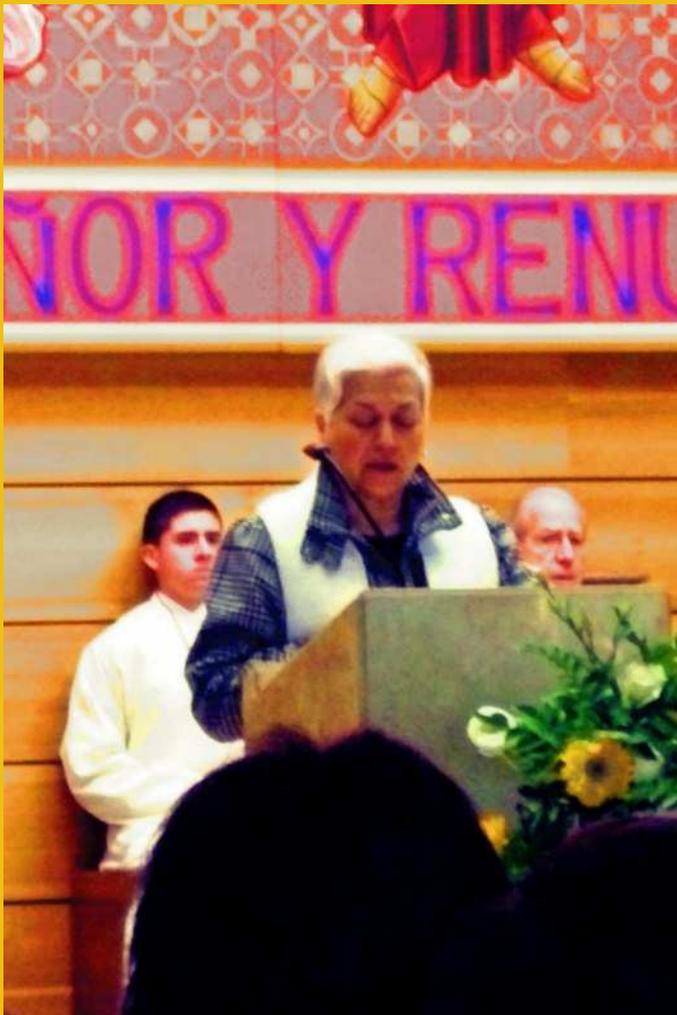
del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque sólo tú eres Santo, Sólo tú Señor, sólo tú Altísimo, Jesucristo, con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre.

Amén.

ORACIÓN COLECTA Collecta

S: Oremus

Dios nuestro, que por medio de la muerte de tu Hijo has redimido al mundo de la esclavitud del pecado, concédenos participar ahora de una santa alegría y, después en el cielo, de la felicidad eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...



**LITURGIA DE
LA PALABRA/
Liturgia
Verbi**

**Primera lectura
Lectio prima**

**Lectura del libro del
profeta Isaías: 66,
10-14**

Alégrense con Jerusalén, gocen
con ella todos los que la aman,



alégrense de su alegría todos los que por ella llevaron luto, para que se alimenten de sus pechos, se llenen de sus consuelos y se deleiten con la abundancia de su gloria. Porque dice el Señor: "Yo haré correr la paz sobre ella como un río y la gloria de las naciones como un torrente desbordado. Como niños serán llevados en el regazo y acariciados sobre sus rodillas; como un hijo a quien su madre consuela, así los consolaré yo.

En Jerusalén serán ustedes consolados. Al ver esto se alegrará su corazón y sus huesos florecerán como un prado. Y los siervos del Señor conocerán su poder"

Palabra de Dios.

Te alabamos, Señor.

SALMO RESPONSORIAL PSALMUS

Del salmo 65 R/. Las obras del Señor son admirables.

Que aclame al Señor toda la tierra; celebremos su gloria y su poder, cantemos un himno de alabanza, digamos al Señor: "Tu obra es admirable".

R/.

Que se postre ante ti la tierra entera y celebre con cánticos tu nombre. Admiraremos las obras del Señor, los prodigios que ha hecho por los hombres.

R/.

El transformó el Mar Rojo en tierra firme y los hizo cruzar el Jordán a pie enjuto. Llenémonos por eso de gozo y gratitud: El Señor es eterno y poderoso.

R/.

Cuantos temen a Dios vengan y escuchen, y les diré lo que ha hecho por mí. Bendito sea Dios que no rechazó mi súplica, ni me retiró su gracia.

R/..



SEGUNDA LECTURA LECTIO SECUNDA

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Gálatas: 6, 14-18

Hermanos: No permita Dios que yo me gloríe en algo que no sea la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo está crucificado para mí y yo para el mundo. Porque en Cristo Jesús de nada vale el estar circuncidado o no, sino el ser una nueva creatura. Para todos los que vivan conforme a esta norma y también para el verdadero Israel, la paz y la misericordia de Dios. De ahora en adelante, que nadie me ponga más obstáculos, porque llevo en mi cuerpo la marca de los sufrimientos que he pasado por Cristo. Hermanos, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté con ustedes. Amén

Lector: Palabra de Dios. Verbum Dòmini.

T: Deo gratias.

ACLAMACIÓN R/.

ACLAMACIÓN (Col 3, 15. 16) R/.

Aleluya, aleluya.

Que en sus corazones reine la paz de Cristo; que la palabra de Cristo habite en ustedes con toda su riqueza. R/.



EVANGELIO EVANGELIUM

Después el diácono (o el sacerdote) va al ambón, acompañado eventualmente por los ministros que llevan el incienso y los cirios; ya en el ambón dice:

El Señor esté con vosotros. Dóminus vobíscum

El pueblo responde:

R:/ Y con tu espíritu. Et cum spíritu tuo

El diácono (o el sacerdote):

Lectura del santo Evangelio según san N.

Léctio sancti Evangélii secúndum

Y mientras tanto hace la señal de la cruz sobre el libro y sobre su frente, labios y pecho.

El pueblo aclama:

R: / Gloria a ti, Señor. Glória tibi, Dómine.

El diácono (o el sacerdote), si se usa incienso, incienso el libro.

Luego proclama el evangelio.

Acabado el evangelio el diácono (o el sacerdote) dice:

Palabra del Señor.

Todos aclaman:

R: / Gloria a ti, Señor Jesús

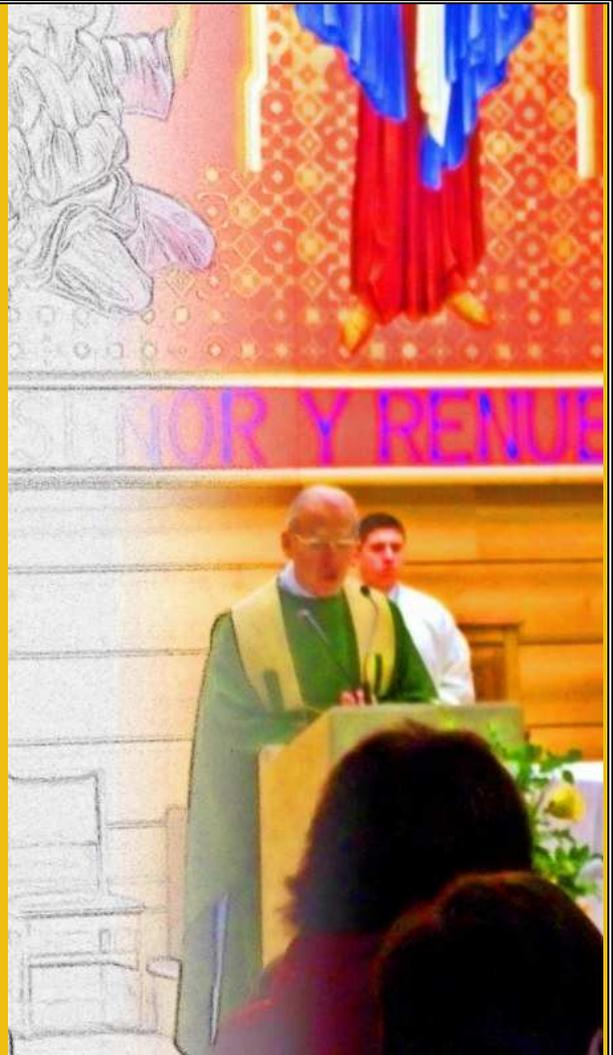


Lectura (Proclamación) del santo Evangelio según san Lucas: 10, 1-12. 17-20

En aquel tiempo, Jesús designó a otros setenta y dos discípulos y los mandó por delante, de dos en dos, a todos los pueblos y lugares a donde pensaba ir, y les dijo: "La cosecha es mucha y los trabajadores pocos. Rueguen, por lo tanto, al dueño de la mies que envíe trabajadores a sus campos. Pónganse en camino; yo los envío como corderos en medio de lobos. No lleven ni dinero, ni morral, ni sandalias y no se detengan a saludar a nadie por el camino.

Cuando entren en una casa digan: 'Que la paz reine en esta casa'. Y si allí hay gente amante de la paz, el deseo de paz de ustedes se cumplirá; si no, no se cumplirá. Quédense en esa casa. Coman y beban de lo que tengan, porque el trabajador tiene derecho a su salario. No anden de casa en casa. En cualquier ciudad donde entren y los reciban, coman lo que les den. Curen a los enfermos que haya y díganles:

'Ya se acerca a ustedes el Reino de Dios'. Pero si entran en una ciudad y no los reciben, salgan por las calles y digan: 'Hasta el polvo de esta ciudad, que se nos ha pegado a los pies nos lo sacudimos, en señal de protesta contra ustedes. De todos modos, sepan que el Reino de Dios está cerca'. Yo les digo que en el día del juicio, Sodoma será tratada con menos rigor que esa ciudad".





Los setenta y dos discípulos regresaron llenos de alegría y le dijeron a Jesús: "Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre". Él les contestó: "Vi a Satanás caer del cielo como el rayo. A ustedes les he dado poder para aplastar serpientes y escorpiones y para vencer toda la fuerza del enemigo, y nada les podrá hacer daño. Pero no se alegren de que los demonios se les someten. Alégrese más bien de que sus nombres están escritos en el cielo".

S: Palabra del Señor Verbum Domini.

T: Laus tibi, Christe

Homilía

ORATIO FIDELIUM ORACIONES DE LOS FIELES

Creo

Creo in unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem caeli et terrae, visibilium omnium et invisibilium. Et in unum Dominum Iesum Christum, Filium Dei unigenitum, et ex Patre natum ante omnia saecula. Deum de Deo, lumen de lumine, Deum verum de Deo vero, genitum, non factum, consubstantialem Patri: per quem omnia facta sunt. Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de caelis. Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, et homo factus est. Crucifixus etiam pro nobis sub Pontio Pilato; passus et sepultus est, et resurrexit tertia die, secundum Scripturas, et ascendit in caelum, sedet ad dexteram Patris. Et iterum venturus est cum gloria, iudicare vivos et mortuos, cuius regni non erit finis. Et in Spiritum Sanctum, Dominum et vivificantem: qui ex Patre Filioque procedit. Qui cum Patre et Filio simul adoratur et conglorificatur: qui locutus est per prophetas. Et unam, sanctam, catholicam et apostolicam Ecclesiam. Confiteor unum baptisma in remissionem peccatorum. Et expecto resurrectionem mortuorum et vitam venturi saeculi.

Amen.

Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible. Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de



Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre, por quien todo fue hecho; que por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre; y por nuestra causa fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato; padeció y fue sepultado, y resucitó al tercer día, según las Escrituras; y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre; y de nuevo vendrá con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin. Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria, y que habló por los profetas. Creo en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica. Confieso que hay un solo bautismo para el perdón de los pecados. Espero la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.

LITURGIA EUCARÍSTICA Liturgia Eucarística

Acabada la Liturgia de la Palabra, los ministros colocan en el altar el corporal, el purificador, el cáliz y el misal; mientras tanto puede ejecutarse un canto adecuado.

Conviene que los fieles expresen su participación en la ofrenda, bien sea llevando el pan y el vino para la celebración de la eucaristía, bien aportando otros dones para las necesidades de la Iglesia o de los pobres.

El sacerdote se acerca al altar, toma la patena con el pan y, manteniéndola un poco elevada sobre el altar, dice en secreto:

Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros pan de vida.

Después deja la patena con el pan sobre el corporal.

Si no se canta durante la presentación de las ofrendas, el sacerdote puede decir en voz alta estas palabras; al final el pueblo puede aclamar:

Bendito seas por siempre, Señor

El diácono, o el sacerdote, echa vino y un poco de agua en el cáliz, diciendo en secreto:

El agua unida al vino



sea signo de nuestra participación en la vida divina de quien ha querido compartir nuestra condición humana.

Después el sacerdote toma el cáliz y, manteniéndolo un poco elevado sobre el altar, dice en secreto:

Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este vino, fruto de la vid y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos; él será para nosotros bebida de salvación.

Después deja el cáliz sobre el corporal.

Si no se canta durante la presentación de las ofrendas, el sacerdote puede decir en voz alta estas palabras; al final el pueblo puede aclamar:

Bendito seas por siempre, Señor.

A continuación, el sacerdote, inclinado, dice en secreto:

*Acepta, Señor, nuestro corazón contrito
y nuestro espíritu humilde;
que éste sea hoy nuestro sacrificio
y que sea agradable en tu presencia,
Señor, Dios nuestro.*

Y, si se juzga oportuno, incienso las ofrendas y el altar. A continuación el diácono o un ministro incienso al sacerdote y al pueblo.

Luego el sacerdote, de pie a un lado del altar, se lava las manos, diciendo en secreto:

*Lava del todo mi delito, Señor,
limpia mi pecado.*

Lava me, Domine, ab iniquitate mea, et a peccato meo munda me.

Después, de pie en el centro del altar y de cara al pueblo, extendiendo y juntando las

manos, dice una de las siguientes fórmulas:

Orad, hermanos,

**para que este sacrificio, mío y vuestro,
sea agradable a Dios, Padre todopoderoso.**

Orate, fratres, ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem!

**O bien:**

En el momento de ofrecer
el sacrificio de toda la Iglesia,
oremos a Dios, Padre todopoderoso.

O bien:

Orad, hermanos,
para que, llevando al altar
los gozos y las fatigas de cada día,
nos dispongamos a ofrecer el sacrificio
agradable a Dios, Padre todopoderoso.

El pueblo responde:

El Señor reciba de tus manos este sacrificio,
para alabanza y gloria de su nombre,
para nuestro bien
y el de toda su santa Iglesia.

Luego el sacerdote, con las manos extendidas, dice la oración sobre las ofrendas.

ORACION SOBRE LAS OFRENDAS ORATIO SÚPER OBLATA

Que el sacrificio que vamos a ofrecerte nos purifique, Señor, y nos ayude a conformar cada día más nuestra vida con los ejemplos de tu Hijo Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos.



La oración sobre las ofrendas termina siempre con la conclusión breve.

Si la oración se dirige al Padre:

Por Jesucristo, nuestro Señor.



Si la oración se dirige al Padre, pero al final de la misma se menciona al Hijo:

**Él, que vive y reina
por los siglos de los siglos.**

Si la oración se dirige al Hijo:

**Tú que vives y reinas
por los siglos de los siglos.**

El pueblo aclama:

Amén.



PREX EUCHARISTICA PLEGARIA EUCARISTICA

En las plegarias eucarísticas se pueden nombrar junto al Obispo diocesano a los Obispos coadjutores o auxiliares y al Obispo que eventualmente preside una concelebración. Si el celebrante es Obispo, siempre se nombra a sí mismo; el Obispo diocesano se nombra después del Papa; los otros Obispos se nombran a sí mismos después del Obispo diocesano.

En la plegaria eucarística primera o Canon romano pueden omitirse aquellas partes que están incluidas dentro de corchetes.

PREFACIO PRÆFATIO

El sacerdote comienza la plegaria eucarística con el prefacio. Con las manos extendidas dice:

El Señor esté con vosotros.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

El sacerdote, elevando las manos, prosigue:

Levantemos el corazón.

El pueblo responde:

Lo tenemos levantado hacia el Señor.

El sacerdote, con las manos extendidas, añade:

Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

El pueblo responde:

Es justo y necesario.

El sacerdote prosigue el prefacio con las manos extendidas.

Al final del prefacio junta las manos y, en unión del pueblo,

Dominus vobiscum.

Et cum spiritu tuo.

Sursum corda.

Habemus ad Dominum.

Gratias agamus Domino Deo nostro.

Dignum et iustum est.

concluye el prefacio, cantando o diciendo en voz alta:

Sanctus, sanctus, sanctus Dominus Deus Sabaoth. Pleni sunt caeli et terra gloria tua. Hosanna in excelsis. Benedictus qui venit in nomine Domini. Hosanna in excelsis.



**Santo, Santo, Santo es el Señor,
Dios del Universo.**

Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria.

Hosanna en el cielo.

Bendito el que viene en nombre del Señor.

Hosanna en el cielo.

Ahora se elige alguna de las Plegarias Eucarísticas

PLEGARIA EUCARÍSTICA III

31. El sacerdote, con las manos extendidas, dice:

**Santo eres en verdad, Padre,
y con razón te alaban todas tus criaturas,
ya que por Jesucristo, tu Hijo, Señor nuestro,
con la fuerza del Espíritu Santo,
das vida y santificas todo,
y congregas a tu pueblo sin cesar,
para que ofrezca en tu honor
un sacrificio sin mancha
desde donde sale el sol hasta el ocaso.**

32. Junta las manos y, manteniéndolas extendidas sobre las ofrendas, dice:

**Por eso, Padre, te suplicamos
que santifiques por el mismo Espíritu
estos dones que hemos separado para ti,
Junta las manos y traza el signo de la cruz sobre el pan y el cáliz conjuntamente,
diciendo:**

**de manera que sean
Cuerpo y  Sangre de Jesucristo,
Hijo tuyo y Señor nuestro,**

**Junta las manos.
que nos mandó celebrar estos misterios.**

**33. En las fórmulas que siguen, las palabras del Señor han de pronunciarse con
claridad,
como lo requiere la naturaleza de éstas.**

**Porque él mismo,
la noche en que iba a ser entregado,
Toma el pan y, sosteniéndolo un poco elevado sobre el altar, prosigue:
tomó pan,
y dando gracias te bendijo,**



lo partió

y lo dio a sus discípulos, diciendo:

Se inclina un poco.

Tomad y comed todos de él,
porque esto es mi Cuerpo,
que será entregado por vosotros.

Muestra el pan consagrado al pueblo, lo deposita luego sobre la patena y lo adora haciendo genuflexión.

34. Después prosigue:

Del mismo modo, acabada la cena,

Toma el cáliz y, sosteniéndolo un poco elevado sobre el altar, prosigue:
tomó el cáliz,

dando gracias te bendijo,
y lo pasó a sus discípulos, diciendo:

Se inclina un poco.

Tomad y bebed todos de él,
porque éste es el cáliz de mi Sangre,
Sangre de la alianza nueva y eterna,
que será derramada por vosotros
y por todos los hombres
para el perdón de los pecados.

Haced esto en conmemoración mía.

Muestra el cáliz al pueblo, lo deposita luego sobre el corporal y lo adora haciendo genuflexión.

35. Luego dice una de las siguientes fórmulas:

1

Éste es el Sacramento de nuestra fe.

O bien:

Éste es el Misterio de la fe.

Y el pueblo prosigue, aclamando:

Anunciamos tu muerte,
proclamamos tu resurrección.

¡Ven, Señor Jesús!

2

Aclamad el Misterio de la redención:

Y el pueblo prosigue, aclamando:

Cada vez que comemos de este pan



y bebemos de este cáliz,
anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas.

3

Cristo se entregó por nosotros.

Y el pueblo prosigue, aclamando:

Por tu cruz y resurrección
nos has salvado, Señor.

36. Después el sacerdote, con las manos extendidas, dice:

Así, pues, Padre,

al celebrar ahora el memorial

de la pasión salvadora de tu Hijo,

de su admirable resurrección y ascensión al cielo,

mientras esperamos su venida gloriosa,

te ofrecemos, en esta acción de gracias, el sacrificio vivo y santo.

Dirige tu mirada sobre la ofrenda de tu Iglesia,

y reconoce en ella la Víctima

por cuya inmolación quisiste devolvernos tu amistad,

para que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo

y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu.

Que él nos transforme en ofrenda permanente,

para que gocemos de tu heredad

junto con tus elegidos:

con María, la Virgen Madre de Dios,

los apóstoles y los mártires,

[san N.: santo del día o patrono]

y todos los santos, por cuya intercesión

confiamos obtener siempre tu ayuda.

Te pedimos, Padre, que esta Víctima de reconciliación

traiga la paz y la salvación al mundo entero.

Confirma en la fe y en la caridad

a tu Iglesia, peregrina en la tierra:

a tu servidor, el Papa **N.**, a nuestro Obispo **N.**,

Puede hacerse también mención de los Obispos coadjutores o auxiliares y, en las concelebraciones, del Obispo que preside la celebración.

El Obispo, cuando celebra en su diócesis, dice:

a mí, indigno siervo tuyo,

Cuando celebra un Obispo que no es el Ordinario, dice:



a mi hermano **N.**, Obispo de esta Iglesia de **N.**,
a mí, indigno siervo tuyo,
al orden episcopal, a los presbíteros y diáconos,
y a todo el pueblo redimido por ti.

Atiende los deseos y súplicas de esta familia
que has congregado en tu presencia.

Reúne en torno a ti, Padre misericordioso,
a todos tus hijos dispersos por el mundo.

† A nuestros hermanos difuntos
y a cuantos murieron en tu amistad
recíbelos en tu reino,
donde esperamos gozar todos juntos
de la plenitud eterna de tu gloria,

Junta las manos.

por Cristo, Señor nuestro,
por quien concedes al mundo todos los bienes. †

**37. Toma la patena, con el pan consagrado, y el cáliz y, sosteniéndolos
elevados, dice:**

Por Cristo, con él y en él,
a ti, Dios Padre omnipotente,
en la unidad del Espíritu Santo,
todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama:

Amén.

Después sigue el rito de la comunión.

RITO DE COMUNION

**Una vez que ha dejado el cáliz y la patena, el sacerdote, con las manos juntas,
dice:**

Fieles a la recomendación del Salvador
y siguiendo su divina enseñanza,
nos atrevemos a decir:

O bien:

Llenos de alegría por ser hijos de Dios,
digamos confiadamente
la oración que Cristo nos enseñó:



O bien:

El amor de Dios ha sido derramado
en nuestros corazones
con el Espíritu Santo que se nos ha dado;
digamos con fe y esperanza:

O bien:

Antes de participar en el banquete de la
Eucaristía,
signo de reconciliación
y vínculo de unión fraterna,
oremos juntos como el Señor nos ha enseñado:

Extiende las manos y, junto con el pueblo, continúa:

Padrenuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

El sacerdote, con las manos extendidas, prosigue él solo:

Líbranos de todos los males, Señor,
y concédenos la paz en nuestros días,
para que, ayudados por tu misericordia,
vivamos siempre libre de pecado
y protegidos de toda perturbación,
mientras esperamos la gloriosa venida
de nuestro Salvador Jesucristo.

Junta las manos.

El pueblo concluye la oración, aclamando:

Tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria, por siempre, Señor.

Después el sacerdote, con las manos extendidas, dice en voz alta:

Señor Jesucristo,
que dijiste a tus apóstoles:
"La paz os dejo, mi paz os doy",
no tengas en cuenta nuestros pecados,



sino la fe de tu Iglesia
y, conforme a tu palabra,
concédele la paz y la unidad.

Junta las manos.

Tú que vives y reinas
por los siglos de los siglos.

El pueblo responde:

Amén.

El sacerdote, extendiendo y juntando las manos, añade:

La paz del Señor esté siempre con vosotros.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

Luego, si se juzga oportuno, el diácono, o el sacerdote, añade:

Daos fraternalmente la paz.

O bien:

Como hijos de Dios, intercambiad ahora
un signo de comunión fraterna.

O bien:

En Cristo, que nos ha hecho hermanos con su
cruz,
daos la paz como signo de reconciliación.

O bien:

En el Espíritu de Cristo resucitado,
daos fraternalmente la paz.

**Y todos, según la costumbre del lugar, se dan la paz. El sacerdote da la paz al
diácono o al ministro.**

**Después toma el pan consagrado, lo parte sobre la patena, y deja caer una
parte del mismo en el cáliz, diciendo en secreto:**

*El Cuerpo y la Sangre de nuestro Señor Jesucristo,
unidos en este cáliz,
sean para nosotros
alimento de vida eterna.*

Mientras tanto se canta o se dice:

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,
ten piedad de nosotros.

Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo,



danos la paz.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi: miserere nobis.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi: miserere nobis.

Agnus Dei, qui tollis peccata mundi: dona nobis pacem

Si la fracción del pan se prolonga, el canto precedente puede repetirse varias veces. La última vez se dice: danos la paz.

A continuación el sacerdote, con las manos juntas, dice en secreto:

*Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo,
que por voluntad del Padre,
cooperando el Espíritu Santo,
diste con tu muerte la vida al mundo,
líbrame, por la recepción de tu Cuerpo y de tu Sangre,
de todas mis culpas y de todo mal.
Concédeme cumplir siempre tus mandamientos
y jamás permitas que me separe de ti.*

O bien:

*Señor Jesucristo, la comunión de tu Cuerpo y de tu Sangre
no sea para mí un motivo de juicio y condenación,
sino que, por tu piedad,
me aproveche para defensa de alma y cuerpo
y como remedio saludable.*

El sacerdote hace genuflexión, toma el pan consagrado y, sosteniéndolo un poco elevado sobre la patena, lo muestra al pueblo, diciendo:

**Éste es el Cordero de Dios,
que quita el pecado del mundo.**

Dichosos los invitados a la cena del Señor.

Y, juntamente con el pueblo, añade:

**Señor, no soy digno
de que entres en mi casa,
pero una palabra tuya
basta para sanarme.**

El sacerdote dice en secreto:

El Cuerpo de Cristo me guarde para la vida eterna.

Y comulga reverentemente el Cuerpo de Cristo.

Después toma el cáliz y dice en secreto:

La Sangre de Cristo me guarde para la vida eterna.

Y bebe reverentemente la Sangre de Cristo.

Después toma la patena o la píxide, se acerca a los que quieren comulgar y les



presenta el pan consagrado, que sostiene un poco elevado, diciendo a cada uno de ellos:

El Cuerpo de Cristo.

El que va a comulgar responde:

Amén.

Y comulga.

El diácono y los ministros que distribuyen la Eucaristía observan los mismos ritos.

Si se comulga bajo las dos especies, se observa el rito descrito en su lugar.

(Instr. Gen.

n. 240-252).

Cuando el sacerdote comulga el Cuerpo de Cristo, comienza el canto de comunión.

Acabada la comunión, el diácono, el acólito, o el mismo sacerdote, purifica la patena sobre el cáliz y también el mismo cáliz, a no ser que se prefiera purificarlo en la credencia después de la misa.

Si el sacerdote hace la purificación, dice en secreto:

Haz, Señor,

que recibamos con un corazón limpio

el alimento que acabamos de tomar,

y que el don que nos haces en esta vida

nos aproveche para la eterna.

Después el sacerdote puede ir a la sede. Si se juzga oportuno, se pueden guardar unos momentos de silencio o cantar un salmo o cántico de alabanza.

Luego, de pie en la sede o en el altar, el sacerdote dice:

Oremos.

Y todos, junto con el sacerdote, oran en silencio durante unos momentos, a no ser que este silencio ya se haya hecho antes.

Después el sacerdote, con las manos extendidas, dice la oración después de la comunión.



POSTCOMMUNIO

ORACION DESPUES DE LA COMUNION

Oremus

Dios omnipotente y eterno, que nos has alimentado con el sacramento de tu amor, concédenos vivir siempre en tu amistad y agradecer continuamente tu misericordia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

La oración después de la comunión termina con la conclusión breve.

Si la oración se dirige al Padre:

Por Jesucristo, nuestro Señor.

Si la oración se dirige al Padre, pero al final de la misma se menciona al Hijo:

Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Si la oración se dirige al Hijo:

Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

El pueblo aclama:

Amén.

Oratio Super Populum

BENDICIONES SOLEMNES

Inclinaos para recibir la bendición.

Luego, el sacerdote, extendidas las manos sobre el pueblo, dice la bendición.

Todos responden: Amen.



RITUS CONCLUSIONIS

RITO DE CONCLUSION



En este momento se hacen, si es necesario y con brevedad, los oportunos anuncios o advertencias al pueblo.

Después tiene lugar la despedida. El sacerdote extiende las manos hacia el pueblo y dice:

El Señor esté con vosotros.

El pueblo responde:

Y con tu espíritu.

El sacerdote bendice al pueblo, diciendo:

**La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo + y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.**



El pueblo responde:



Amén.

En algunas ocasiones y en determinadas misas rituales puede usarse una de las bendiciones solemnes o de las oraciones sobre el pueblo.

El Obispo, para bendecir al pueblo, usa el siguiente formulario, a no ser que prefiera utilizar una de las bendiciones solemnes o una de las oraciones sobre el pueblo.

- V. Bendito sea el nombre del Señor.
R. Ahora y por todos los siglos.
V. Nuestro auxilio es el nombre del Señor.
R. Que hizo el cielo y la tierra.**



**V. La bendición de Dios todopoderoso,
Pa+dre, Hi+jo,
y Espíritu + Santo
descienda sobre vosotros.
R. Amén.**

Luego el diácono, o el mismo sacerdote, con las manos juntas, despide al pueblo con una de las fórmulas siguientes:

- I Podéis ir en paz.**
- II La alegría del Señor sea nuestra fuerza. Podéis ir en paz.**
- III Glorificad al Señor con vuestra vida. Podéis ir en paz.**
- IV En el nombre del Señor, podéis ir en paz.**
- V Especialmente en los domingos de Pascua:
Anunciad a todos la alegría del Señor resucitado.
Podéis ir en paz.**

El pueblo responde:

Demos gracias a Dios.

Después el sacerdote besa con veneración el altar, como al comienzo, y, hecha la debida reverencia con los ministros, se retira a la sacristía.

Si sigue inmediatamente otra acción litúrgica, se omite el rito de despedida.

Dóminus vobiscum.

Et cum spíritu tuo.

**Benedícat vos omnipotens Deus, Pater, et
Fílius, et Spíritus Sanctus.**

Amen.

Ite, missa est.

Deo grátias



Domingo XIV del Tiempo Ordinario. Ciclo C

Homilia

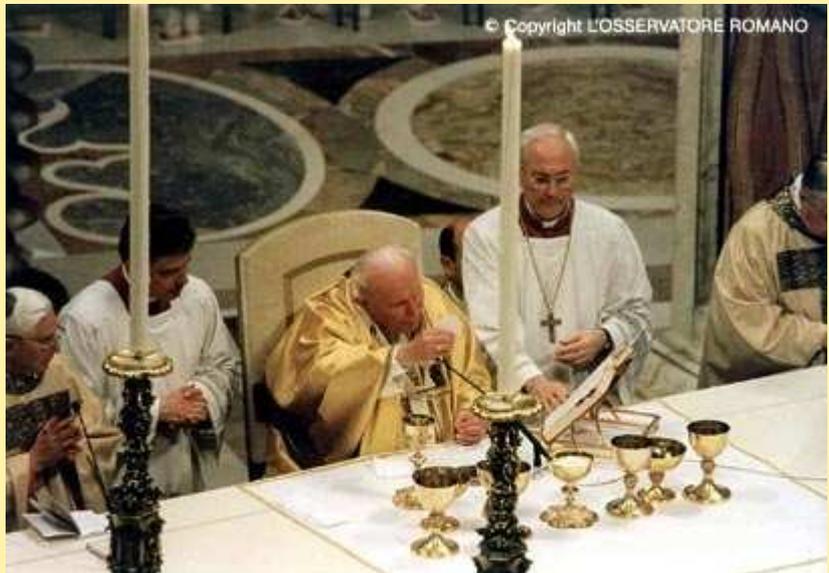
Homilía: con textos de homilías pronunciadas por S.S. Juan Pablo II
Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

(Is 66,6-14c) "Festead a Jerusalén, gozad con ella"

(Gal 6,14-18) "Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús"

**(Lc 10,1-12.17-20) "Está
cerca de vosotros el
reino de Dios"**

**Homilía con
textos de
homilías
pronunciadas
por S.S. Juan
Pablo II**



Homilía en la Misa celebrada en Bucaramanga (Colombia) (6-VII-1986)

--- Los laicos convocados a una nueva evangelización

--- En íntima unión con Cristo

Los laicos convocados a una nueva evangelización

"La gracia y la paz sea con vosotros de parte de Dios Padre y de Nuestro Señor Jesucristo" (Gal 1,3).

En la narración del evangelista San Lucas que acabamos de oír, el Señor designa y envía setenta y dos discípulos a todos los pueblos y lugares donde Él pensaba



ir. Además de los Apóstoles y siguiendo su testimonio, muchos otros son llamados y enviados por el Señor para que, a lo largo de los siglos y hasta nuestros días, fueran precursores, mensajeros y testigos que anuncien la presencia y llegada de Cristo y proclamen el advenimiento del Reino de Dios.

Vosotros formáis parte de esa multitud ininterrumpida de discípulos que, de generación en generación, y en todos los pueblos y ciudades, en todas las culturas, ambientes y naciones, son testigos y pregoneros de la cercanía de ese reino de verdad y de vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia, de amor y de paz (cfr. *Lumen Gentium*, 36).

"La mies es mucha y los obreros pocos" (Lc 10,2). El campo de labor que se abre hoy ante los ojos del Apóstol es inmenso. No faltan las ciudades que, ayer como hoy, no escuchan y rechazan a los discípulos del Señor, enviados "como corderos en medio de lobos" (Lc 10,3). El materialismo, el consumismo, el secularismo han obnubilado y endurecido el corazón de muchos hombres. Pero hay muchas casas y ciudades que viven en la ley del Señor, que reciben "como río de paz", según las palabras del profeta Isaías (Is 66,12). ¡La mies es abundante! ¡Se necesitan muchos brazos que trabajen en la construcción del reino de Dios!

Por eso el Concilio Vaticano II destacó con claridad y fuerza particulares, que toda vocación cristiana es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado (cfr. *Apostolicam actuositatem*,3), invitando a todos los laicos a redescubrir su dignidad bautismal de discípulos del Señor, de obreros de la mies, y a reavivar su responsabilidad apostólica ante la magnitud de la tarea.

En íntima unión con Cristo

Por el bautismo y la confirmación, por la participación en el sacerdocio de Cristo, como miembros vivos de su Cuerpo, los laicos participan en la comunión y en la misión de la Iglesia. La Iglesia quiere y necesita laicos santos que sean discípulos y testigos de Cristo, constructores de comunidades cristianas, transformadores del mundo según los valores del Evangelio.

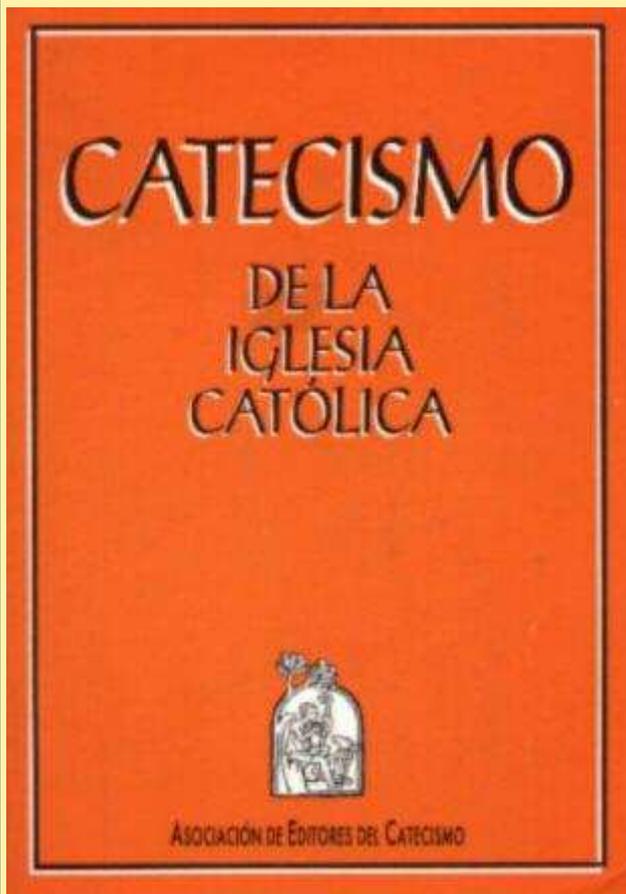
La formación cristiana de los laicos requiere una pedagogía pastoral que ilumine y oriente con la luz y la fuerza de la fe. La fe profesada tiene que convertirse en vida cristiana. "Desead la paz a Jerusalén" (Sal 122,6) rezábamos en el Salmo responsorial; que la nueva Jerusalén, que es la iglesia, sea "como



una ciudad bien unida y compacta" (Sal 122,3) en la fraternidad y el amor.

DP-149 1986

Homilía III: basada en el Catecismo de la Iglesia Católica



«Llamados a evangelizar»

I. LA PALABRA DE DIOS

Is 66, 10-14: Yo haré derivar hacia ella, como un río, la paz

Sal 65, 1-3a.4-5.6-7a.16 y 20:

Aclamad al Señor, tierra entera

Ga 6, 14-18: Yo llevo en mi cuerpo las marcas de Jesús

Lc 10, 1-12, 17-20: Mirad que os mando como corderos en medio de lobos. Vuestra paz descansará sobre ellos

II. LA FE DE LA IGLESIA

Los cristianos, por ser miembros del Cuerpo, cuya Cabeza es Cristo, contribuyen a la edificación de la Iglesia mediante la constancia de sus convicciones y de sus costumbres. La Iglesia aumenta, crece y se desarrolla por la santidad de sus fieles «hasta que lleguemos al estado del hombre perfecto, a la madurez de la plenitud en Cristo» (CIC 2045).

«La fidelidad de los bautizados es una condición primordial para el anuncio del



Evangelio y para la misión de la Iglesia en el mundo» (CIC 2044).

III. TESTIMONIO CRISTIANO

«Jesucristo ordena a cada fiel que ora que lo haga universalmente por toda la tierra. Porque no dice ``Que tu voluntad se haga'' en mí o en vosotros, sino ``en toda la tierra''; para que el error sea desterrado de ella, que la verdad reine en ella, que la virtud vuelva a florecer en ella y que la tierra ya no sea diferente del cielo» (S. Juan Crisóstomo) (CIC 2825).

«La sangre de los mártires es semilla de cristianos» (Tertuliano) (CIC 852).

IV. SUGERENCIAS PARA EL ESTUDIO DE LA HOMILÍA

A. Apunte bíblico-litúrgico

En la primera lectura escuchamos una profecía que proyecta una luz de entusiasmo, fe y esperanza ante una dura realidad basada en la seguridad de la cercanía con su pueblo.

Jesús, en el Evangelio, además de a los doce apóstoles, envió a un grupo más numeroso de discípulos para anunciar la llegada del Reino de Dios. Jesús les instruye de forma semejante a como lo hizo con los apóstoles.

La segunda lectura, de la carta a los Gálatas, concluye con un resumen del tema principal de la misma: la vida nueva ha comenzado en Cristo Crucificado.

B. Contenidos del Catecismo de la Iglesia Católica

La fe:

La misión y exigencia de la catolicidad de la Iglesia: CIC 849-851.

Vida moral y testimonio misionero: CIC 2044-2046.



La respuesta:

Los caminos de la misión: CIC 852-856.

C. Otras sugerencias



La misión dada a un grupo numeroso de los discípulos proyecta una dimensión de universalidad. Todos estamos llamados a anunciar el Evangelio por todo el mundo.

El evangelizador ejercita su misión como Jesús: con las palabras y con el testimonio de su vida y obras.

Las actitudes del evangelizador: pobreza, valentía profética, confianza en el Señor...



LECTIO DIVINA

Lectio: Domingo, 4 Julio, 2010

El envío de los 72
discípulos
Reconstruir la vida
comunitaria
Lucas 10,1-12.17-
20

1. Oración inicial

Señor Jesús, envía tu Espíritu, para que Él nos ayude a leer la Biblia en el mismo modo con el cual Tú la has leído a los discípulos en el camino de Emaús. Con la luz de la Palabra, escrita en la Biblia, Tú les ayudaste a descubrir la presencia de Dios en los acontecimientos dolorosos de tu condena y muerte. Así, la cruz, que parecía ser el final de toda esperanza, apareció para ellos como fuente de vida y resurrección.

Crea en nosotros el silencio para escuchar tu voz en la Creación y en la Escritura, en los acontecimientos y en las personas, sobre todo en los pobres y en los que sufren. Tu palabra nos oriente a fin de que también nosotros, como los discípulos de Emaús, podamos experimentar la fuerza de tu resurrección y testimoniar a los otros que Tú estás vivo en medio de nosotros como fuente de fraternidad, de justicia y de paz. Te lo pedimos a Ti, Jesús, Hijo de María, que nos has revelado al Padre y enviado tu Espíritu. Amén.



2. Lectura

a) Clave de lectura:

La predicación de Jesús atrae a mucha gente (Mc 3,7-8). En torno a Él comienza a nacer una pequeña comunidad. Primero, dos personas (Mc 1,16-18); después otras dos (Mc 1,19-20); después, doce (Mc 3,13-19); y ahora, en nuestro texto, más de setenta y dos personas (Lc 10,1). La comunidad va creciendo. Una de las cosas en las que Jesús mayormente insiste es la vida comunitaria. Él mismo ha dado el ejemplo. No quiere ya trabajar solo. Lo primero que hace al comienzo de su predicación en Galilea es llamar a la gente para que esté con Él y le ayude en su misión (Mc 1,16-20; 3,14). El ambiente de fraternidad que nace alrededor de Jesús es un ensayo del Reino, una prueba de la nueva experiencia de Dios como Padre. Y por tanto si Dios es Padre y Madre, entonces somos todos una familia, hermanos y hermanas. Así nace la comunidad, la nueva familia (cf. Mc 3,34-35). El Evangelio de este domingo nos señala normas prácticas para orientar a los setenta y dos discípulos en el anuncio de la Buena Nueva del Reino y en la reconstrucción de la vida comunitaria.

Anunciar la Buena Nueva del Reino y reconstruir la comunidad son dos caras de la misma medalla. La una sin la otra no existe y no se entiende. En el curso de la lectura del texto trata de descubrir este lazo que hay entre la vida en comunidad y el anuncio del Reino de Dios.

b) Una división del texto para ayudarnos en la lectura:

Lucas 10,1: La Misión

Lucas 10,2-3: La Corresponsabilidad

Lucas 10, 4-6: La Hospitalidad

Lucas 10,7: El compartir

Lucas 10,8: La comunión en torno a la mesa

Lucas 10,9a: La acogida de los excluidos

Lucas 10,9b: La venida del Reino

Lucas 10,10-12: Sacudir el polvo de las sandalias

Lucas 10,17-20: El nombre escrito en el cielo



**c) Texto:**

¹ Después de esto, designó el Señor a otros setenta y dos y los envió por delante, de dos en dos, a todas las ciudades y sitios adonde él había de ir.² Y les dijo:

«La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies.³ Id; mirad que os envíe como corderos en medio de lobos.⁴ No llevéis bolsa, ni alforja, ni sandalias. Y no saludéis a nadie en el camino.⁵ En la casa en que entréis, decid primero: `Paz a esta casa.'⁶ Y si hubiere allí un hijo de paz, vuestra paz reposará sobre él; si no, se volverá a vosotros.⁷ Permaneced en la misma casa, comed y bebed lo que tengan, porque el obrero merece su salario. No vayáis de casa en casa.⁸ En la ciudad en que entréis y os reciban, comed lo que os pongan;⁹ curad los enfermos que haya en ella, y decidles: `El Reino de Dios está cerca de vosotros.'¹⁰ En la ciudad en que entréis y no os reciban, salid a sus plazas y decid:¹¹ `Sacudimos sobre vosotros hasta el polvo de vuestra ciudad que se nos ha pegado a los pies. Sabed, de todas formas, que el Reino de Dios está cerca.'¹² Os digo que en aquel Día habrá menos rigor para Sodoma que para aquella ciudad.

¹⁷ Regresaron los setenta y dos, y dijeron alegres: «Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre.»¹⁸ Él les dijo: «Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo.¹⁹ Mirad, os he dado el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre todo poder del enemigo, y nada os podrá hacer daño;²⁰ pero no os alegréis de que los espíritus se os sometan; alegraos de que vuestros nombres estén escritos en los cielos.»

3. Un momento de silencio orante

para que la Palabra de Dios pueda entrar en nosotros e iluminar nuestra vida.

4. Algunas preguntas para ayudarnos en la meditación y en la oración.

a) ¿Cuál es punto de este texto que más te ha gustado o que ha llamado más tu atención?

b) ¿Cuáles son, una por una, las cosas que Jesús ordena hacer y cuáles ordena evitar?

c) ¿Qué quiere aclarar Jesús con cada una de estas recomendaciones tan diferentes de la cultura de hoy?

d) ¿Cómo realizar hoy lo que el Señor pide: “no llevéis alforja”, “no vayáis de



casa en casa”, “no salud a ninguno por el camino”, “sacudir el polvo de las sandalias”?

e) ¿Por qué todas estas formas de comportarse recomendados por el Señor son una señal de la venida del Reino de Dios?

f) Jesús pide prestar atención a lo que es más importante y dice: “Vuestros nombres están escritos en los cielos” ¿Qué significa esto para nosotros?

5. Para los que desean profundizar en el tema

a) Contexto literario e histórico

Un poco antes de nuestro texto, en Lucas 9,51, empieza la segunda etapa de la actividad de Jesús, a saber, un largo camino a Jerusalén (Lc 9,51 a 19,29). La primera etapa tuvo lugar en Galilea y comenzó con la presentación del programa de Jesús en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,14-21). En la segunda etapa, entra en Samaría, envía mensajeros delante de Él (Lc 9,52), y consigue nuevos discípulos (Lc 9,57-62). La segunda etapa comienza con la designación de otros 72 discípulos y con la presentación del programa que debe orientarlos en la acción misionera (Lc 10,1-16). Lucas sugiere así que estos nuevos discípulos no son ya galileos, sino samaritanos, el territorio de los excluidos. El objetivo de la misión que los discípulos reciben es la reconstrucción de la vida comunitaria. En tiempos de Jesús existían varios movimientos que, como Jesús, intentaban un nuevo modo de vivir y convivir: Fariseos, esenios, zelotas, Juan Bautista y otros. Muchos de ellos formaban una comunidad de discípulos (Jn 1,35; Lc 11,1; Act 19, 3) y tenían sus misioneros (Mc 23,15). Pero había una gran diferencia. Las comunidades de los fariseos, por ejemplo, vivían separados de las gentes. Las comunidades que seguían a Jesús vivían en medio de la gente. La propuesta de Jesús para los 72 discípulos rescata los antiguos valores comunitarios que se estaban perdiendo, como por ejemplo, la hospitalidad, la acogida, el compartir, la comunión alrededor de las mesas, la acogida de los marginados. Jesús intenta renovar y reorganizar las comunidades, de modo que sean de nuevo una expresión de la Alianza, una expresión del Reino de Dios.

b) Comentario del texto:

Lucas 10,1: *La Misión*

Jesús envía a los discípulos a lugares donde precisamente Él debe ir. El discípulo es el altavoz de Jesús. No es el dueño de la Buena Noticia. Jesús los



envía de *dos en dos*. Así favorece la ayuda mutua, y así la misión no es individual, sino comunitaria. Dos personas representan mejor a la comunidad.

Lucas 10,2-3: *La corresponsabilidad*

El primer deber es el de orar para que Dios envíe operarios. Todos los discípulos de Jesús deben sentirse responsables de la misión. Por esto deben orar al Padre, por la continuidad de la misión. Jesús envía a sus discípulos como corderos en medio de lobos. La misión es una tarea difícil y peligrosa. Y el sistema en el que vivían y en el que todavía vivimos era y continúa siendo contrario a la reorganización de la gente en comunidades vivas. Quien, como Jesús, anuncia el amor de una sociedad organizada a partir del egoísmo individual y colectivo, será cordero en medio de lobos, será crucificado.

Lucas 10,4-6: *La hospitalidad*

Los discípulos de Jesús no pueden llevar nada, *ni bolsa, ni sandalias*. Sólo deben llevar la paz. Esto significa que deben confiar en la hospitalidad de la gente. Así el discípulo que va sin nada llevando apenas la paz, muestra que tiene confianza en la gente. Piensa que será recibido y la gente se siente respetada y confirmada. Por medio de esta práctica los discípulos criticaban las leyes de la exclusión y rescataban los antiguos valores de la convivencia comunitaria del pueblo de Dios. *No saludar a ninguno por el camino* significa que no se debe perder tiempo con las cosas que pertenecen a la misión. Es posible que sea una evocación del episodio de la muerte del hijo de la sunamita, donde Eliseo dice a su criado: “¡Parte! Si alguno te saluda, no le responda!” (2Re 4,29), porque se trataba de un caso de muerte. ¡Anunciar la Buena Nueva de Dios es un caso de vida o muerte!

Lucas 10,7: *El compartir*

Los discípulos no deben *andar de casa en casa*, sino permanecer en la misma casa. Esto es, deben convivir de modo estable, participar en la vida y en trabajo de la gente del lugar y vivir de aquello que reciben en cambio, porque el *operario merece su salario*. Esto significa que deben tener confianza en el compartir. Y así, por medio de esta nueva práctica, ellos rescatan una de las más antiguas tradiciones del pueblo de Dios, criticando una cultura de acumulación que marcaba la política del Imperio Romano y anunciaban un nuevo modelo de convivencia humana.

Lucas 10,8: *La comunión en torno a la mesa*

Los discípulos deben *comer lo que la gente les ofrece*. Cuando los fariseos iban



de misión, iban preparados. Portaban alforjas y dinero para poder procurarse la propia comida. Sostenían que no podían confiar en la comida de la gente, porque no siempre era ritualmente “pura”. Así las observancias de la Ley sobre la pureza legal, en vez de ayudar a superar las divisiones, debilitaban el vivir los valores comunitarios. Los discípulos de Jesús no debían separarse de las gentes, sino al contrario, debían aceptar la comunión en torno a la mesa. En el contacto de la gente, no podían tener miedo de perder la pureza legal. El valor comunitario de la convivencia fraterna prevalece sobre las normas rituales. Obrando así, criticaban las leyes de la pureza que estaban en vigor, y anunciaban un nuevo acceso a la pureza, a la intimidad con Dios.

Lucas 10,9a: *La acogida a los excluidos*

Los discípulos deben ocuparse de los enfermos, curar los leprosos y echar los demonios (cf. Mt 10,8). Esto significa que deben acoger para el interior de la comunidad a los que de ella fueron excluidos. La práctica de la solidaridad critica la sociedad que excluye una persona del resto de la comunidad. Y así se recupera la antigua tradición profética del *goêl*. Desde los tiempos más antiguos o la fuerza del clan o de la comunidad se revelaba en la defensa de los valores de la persona, de la familia y de la posesión de la tierra, y concretamente se manifestaba cada “siete veces siete años” en la celebración del año jubilar (Lv 25,8-55; Dt 15,1-18).

Lucas 10,9b: *La venida del Reino*

Hospitalidad, compartir, comunión en torno a la mesa, acogida de los marginados (*goêl*) eran las cuatro columnas que debían sostener la vida comunitaria. Pero a causa de la situación difícil de la pobreza, de la falta de trabajo, de la persecución o de la represión por parte de los romanos, estas columnas se habían roto. Jesús quiere reconstruirlas y afirma que si se vuelve a estas cuatro exigencias, los discípulos pueden anunciar a los cuatro vientos: *¡El Reino de los cielos está aquí!* Anunciar el Reino no es en primer lugar enseñar verdades o doctrinas, sino llevar a las personas a un nuevo modo de vivir y convivir, a un nuevo modo de pensar y obrar, partiendo de la Buena Nueva que Jesús nos anuncia: Dios es Padre, y, por tanto, nosotros somos hermanos y hermanas los unos de los otros.

Lucas 10,10-12: *Sacudir el polvo de las sandalias*

¿Cómo entender esta amenaza tan severa? Jesús no ha venido a traer una cosa totalmente nueva. Ha venido a rescatar los valores comunitarios del pasado: la hospitalidad, el compartir, la comunión en torno a la mesa, la acogida a los



marginados. Esto explica la severidad contra aquellos que rechazan el mensaje. Pero ellos no rechazan una cosa nueva, sino su pasado, la propia cultura y sabiduría. El programa de Jesús a los 72 discípulos tenía la finalidad de excavar en la memoria, de rescatar los valores comunitarios de la más antigua tradición, de reconstruir la comunidad y de renovar la alianza, de rehacer la vida y así hacer de modo que Dios se convierta de nuevo en la gran Buena Noticia para la vida humana.

Lucas 10,17-20: *El nombre escrito en el cielo*

Los discípulos vuelven de la misión y se reúnen con Jesús para evaluar todo lo que han hecho. Comienzan a contar. Informan con mucha alegría que, usando el nombre de Jesús, han conseguido expulsar a los demonios. Jesús les ayuda en el discernimiento. Si ellos han conseguido echar a los demonios, ha sido precisamente porque Jesús les ha dado poder. Estando con Jesús no les podrá suceder a ellos nada malo. Y Jesús dice que la cosa más importante no es expulsar a los demonios, sino tener sus nombres escrito en el cielo. Tener el propio nombre escrito en el cielo quiere decir la certeza de ser conocidos y amados del Padre. Poco antes Santiago y Juan habían pedido hacer caer fuego del cielo para matar a los samaritanos (Lc 9,54). Ahora, por el anuncio de la Buena Nueva, Satanás cae del cielo (Lc 10,18) y los nombres de los discípulos samaritanos entran en el cielo. En aquel tiempo muchos pensaban que lo que era samaritano era cosa del demonio, cosa de Satanás (Jn 8,48), ¡Jesús lo cambia todo!

c) Ampliando conocimientos

Las pequeñas comunidades que se van formando, tanto en Galilea como en Samaria, son en primer lugar “ ensayo del Reino”. La comunidad en torno a Jesús es como el rostro de Dios, transformado en Buena Nueva para la gente, sobre todo para los pobres. ¿Es así nuestra comunidad? He aquí algunas señas de la comunidad que se formó en torno a Jesús. Son rasgos del rostro de Dios que se revelan en ella. Sirven de espejo para la revisión de nuestra comunidad:

i) “Uno sólo es el Maestro y vosotros todos sois hermanos” (Mt 23,8). La base de la comunidad no es el saber, ni siquiera el poder, sino la igualdad entre todos: hermanos y hermanas. Es la *fraternidad*.

ii) Jesús insiste en igualdad entre hombre y mujer (Mt 19,7-12) y da órdenes tanto a los hombres como a las mujeres (Mt 28,10; Mc 16,9-10; Jn 20,17).

Todos ellos “siguen” a Jesús, desde la Galilea (Mc 15,41; Lc 8,2-3).

iii) Había una caja común que se compartía con los pobres (Jn 13,29). Este



compartir debe alcanzar al alma y al corazón (Act 1,14; 4,32). Debe llegar hasta el punto que no haya secretos entre ellos (Jn 15,15).

iv) *El poder es servicio*. “Quién quiera ser el primero de entre vosotros, será el siervo de todos” (Mc 10,44). Jesús da el ejemplo (Jn 13,15). “No he venido para ser servido, sino para servir” (Mt 20,28). “Estoy en medio de vosotros como quien sirve” (Lc 22,27). “¡Siervos inútiles somos!” (Lc 17,10).

v) A causa de los muchos conflictos y divisiones, Jesús insiste para que la comunidad sea un lugar de perdón y de reconciliación. No de condena recíproca (Mt 18,21-22; Lc 17,3-4). El poder de perdonar le fue dado a Pedro (Mt 16,19), a los apóstoles (Jn 20,23) y a las comunidades (Mt 18,18). El perdón de Dios pasa por la comunidad.

vi) Rezaban juntos en el templo (Jn 2,13; 7,14; 10,22-23). A veces Jesús forma grupos menores (Lc 9,28; Mt 26,36-37). Rezan antes de comer (Mc 6,41; Lc 24,30) y frecuentan las sinagogas (Lc 4,16).

vii) Alegría que ninguno puede quitar (Jn 16,20-22). “Dichosos vosotros”. Vuestro nombre está escrito en el cielo (Lc 10,20). Sus ojos verán las promesas (Lc 10,23-24). ¡El Reino es vuestro! (Lc 6,20). La comunidad en torno a Jesús sirve de modelo a nuestros primeros cristianos después de la resurrección (Act 2,42-47). La comunidad es como el rostro de Dios transformado en Buena Nueva para la gente.

6. Oración del Salmo 146 (145)

El Rostro de Dios confirmado por Jesús

¡Aleluya!

¡Alaba, alma mía, a Yahvé!

A Yahvé, mientras viva, alabaré,
mientras exista tañeré para mi Dios.

No pongáis la confianza en los nobles,
en un ser humano, incapaz de salvar;
exhala su aliento, retorna a su barro,
ese mismo día se acaban sus planes.

Feliz quien se apoya en el Dios de Jacob,
quien tiene su esperanza en Yahvé, su Dios,
que hizo el cielo y la tierra,



el mar y cuanto hay en ellos;
que guarda por siempre su lealtad,
que hace justicia a los oprimidos,
que da pan a los hambrientos.

Yahvé libera a los condenados.
Yahvé abre los ojos a los ciegos,
Yahvé endereza a los encorvados,
Yahvé protege al forastero,
sostiene al huérfano y a la viuda.
Yahvé ama a los honrados,
y tuerce el camino del malvado.

Yahvé reina para siempre,
tu Dios, Sión, de edad en edad.

7. Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.